

■ **EL HURACÁN GRACE EN HUAYACOCOTLA**

Crónica de Alfredo Zepeda

■ **LA RESISTENCIA DE “LAS CHIRIWILLAS” EN MONTERREY**

Reportaje de Lizzeth López

■ **LA VERDAD NUNCA ENVEJECE. UN ADIÓS A DON ALFREDO OSUNA**

Ramón Vera-Herrera

■ **VIDA Y DEFENSA DEL RÍO YAQUI**

Entrevista inédita con Raquel Padilla, por Ángela Vázquez González

Suplemento Mensual ■ Número 293 ■ septiembre 2021

Oaxaca
La Jornada

Aves de Xochimilco. Foto: Tamara Blázquez Haik



EL AGUA COMO TERRITORIO

■ **PARA SALVAR XOCHIMILCO**

Coordinación de Pueblos, Barrios Originarios y Pueblos

■ **LA MUERTE DEL AXOLOTE**

Elí García-Padilla

■ **LAS AVES DE XOCHIMILCO**

Texto y fotografía de Tamara Blázquez Haik



■ **ADIÓS A BONAFONT**

Pueblos Unidos Juan C. Bonilla, Puebla

■ **DESALAMBRAR EL LAGO DE CHAPALA**

Jaime Torres Guillén

■ **DEFENDAMOS NUESTRA RELACIÓN CON LA TIERRA**

Ramón Vera-Herrera

■ **APICULTURA Y TERRITORIO EN EL VALLE OTOMÍ-CHICHIMECA**

Itziar Urquiola

■ **NOS RESISTIMOS**

Texto y arte: Santiago Savi

■ **NÀ SI'I/MUJERES**

Fernanda Lorenzo Ortiz (ñuu savi)

■ **INDEPENDENCIA**

Beatriz Cruz López (zapoteca)

■ **XÀBÒ MÈPHÀÀ/GENTE MÈPHÀÀ**

María Isaías Jerónimo Reyes

■ **HIJO DEL METATE**

Juventino Santiago Jiménez (ayuuk)

■ **XANTIL**

Martín Barrios (náhuatl)

■ **EL ÁNGEL DE LA GUARDA DE LA DOMITILA**

Ignacio Villanueva (otomí)



■ **ELISA RAMÍREZ ESCRIBE SOBRE MIKEL RUIZ**

■ **EL DÍA MENOS PENSADO**

Lamberto Roque Hernández

■ **PULQUERÍAS**

Rafael Torres Sánchez



Las luchas por el agua que crecen y se multiplican por el país y el mundo adquieren distintos rostros pero su fondo y su cauce son los mismos. Se trata de mantener el agua en su lugar para que se multiplique, y no drenarla, explotarla, envenenarla, venderla ni desperdiciarla por y sólo por ganancia económica de los unos cuántos que administran desastrosamente el planeta.

El botín es el agua. ¿Y dónde está? En los territorios de los pueblos campesinos y originarios. Las voracidades del progreso, esto es, de los planes empresariales y de los gobiernos, mantienen bajo asedio las aguas y las tierras de quienes no han cedido al despojo de los poderosos e incluso han recuperado territorios. A costa de su propia vida en ocasiones.

¿No es acaso la defensa del río Yaqui contra acueductos e intervenciones una lucha contra el abuso urbano de la rica Hermosillo y las industrias sedientas de dólares? La toma de Bonafont en Puebla y el freno, quizás tardío, al saqueo de una empresa transnacional modélica, ¿qué nos dice? ¿En cuántas partes del país Coca y Pepsi hacen lo mismo y nos ensartan el líquido embotellado en plástico que va a parar a los mismos ríos o sus cadáveres? Defender la riqueza hídrica, de Temixco a Xochicalco y Coatetelco en Morelos contra otra mina de oro para los canadienses, equivale a detener las grandes porquerizas, las vías férreas y el desbordado turismo que se expande por encima y a costa de los prodigiosos cenotes de la península maya.

Los humedales que quedan en Xochimilco y Tláhuac son vitales para una ciudad que sin ellos quedaría definitivamente condenada. Su manto lacustre es santuario de aves notables. La Tierra aún responde: tras el alto al aeropuerto sobre Texcoco, las ruinas de la obra abortada se han repoblado de pelícanos y garzas pues las aguas van regresando. Una vegetación acuática trata de revivir sobre esos páramos del neoliberalismo que, no se confíen, seguirá insistiendo en la urbanización de ése y otros predios a la redonda. En Temacapulín, Jalisco, promesas más, promesas menos, la gente sigue con la presa encima. En El Salto, también Jalisco, padecen las consecuencias del envenenamiento brutal de su río. En tierras guarijías nada detuvo la presa Pilares. En Zacacuautla, Hidalgo, la defensa de los manantiales y bosques se vuelve angustiosa. En la región indígena entre Hidalgo y Puebla la resistencia al gasoducto Tuxpan-Tula es ante todo una defensa de su agua. Urge evitar la muerte de lagos y lagunas: Chalapa, Coatetelco, Zirahuén, Na Há. Permitir que llueva en Wirikuta si se acallan los cañones de los tomateros que dispersan las nubes. Impedir que las lagunas y marismas de los ikoot y zapotecos en el Istmo pacífico



Atardecer en Xochimilco. Foto: Tamara Blázquez Haik

EL ÁNGEL DE LA GUARDA DE LA DOMITILA
Ignacio Villanueva

No te sientas sola,
yo siempre estoy
y estaré a tu lado,
pues aunque estemos lejos:
si no mi cuerpo, mi alma
te está mirando
y cuidando de ti.
Cuando vayas al molino,
a la “denda” (tienda),
a la “nija” (iglesia)
o a cualquier otra parte:
si no mi cuerpo, mi alma
te está mirando
y cuidando de ti.
En una piedra de la milpa;

en una tortía de masa azul;
en una hoja pa’ tamal
o hacer mulitas;
o en el surco con azadón;
o en el barco La Montaña;
o en la nota principal del diario
La Jornada Estado de México;
o hasta en los letreros
que dicen que
“A FALTA/ DE AMORES/
PULQUE/ SEÑORES”,
“XOCHI NO SE VENDE,
SE AMA Y SE DEFIENDE”:
si no mi cuerpo, mi alma
te está mirando
y cuidando de ti.

IGNACIO VILLANUEVA es comunero de Xochicuautla, Estado de México.

se conviertan en más fábricas de viento para las empresas de energía falsamente limpia.
Agua, agua, agua. Ese mismo elemento que, vengativo, tiende a recuperar sus cauces y recipientes naturales, y resiente la deforestación, la urbanización atrabiliaria, la desecación del subsuelo hasta colapsarlo, la acumulación de basura indestructible que obstruye los drenajes naturales y hasta los contruidos por el humano. Deslaves, inundaciones, derrumbes son la respuesta de las aguas, sometidas a estrés a escala planetaria, siendo quizás lo peor el deshielo imparabable de los polos y la desaparición de lagos (para allá va Cuitzeo) y mares interiores.

Defender bosques, barrancas, desiertos fértiles, selvas, planicies, es también, siempre, una defensa del agua. Se dice que el siglo XXI será de guerras por el agua. Vituperados, despreciados, discriminados, criminalizados, los pueblos demuestran ser los verdaderos, y a veces únicos, guardianes del agua. La conservan y no dilapidan, de la cuenca yaqui a los Chimalapas y la Selva Lacandona.
No es exagerado decir que, en una era en que amenazan bíblicas inundaciones y sequías, diluvios y tormentas de arena, marejadas y socavones, la sobrevivencia humana depende de trincheras reales, como las de los pueblos que defienden el agua ■

La Jornada
Directora General: Carmen Lira Saade
Publicidad: Marco Hinojosa
Arte y Diseño: Francisco García Noriega

Ojarasca en La Jornada
Dirección: Hermann Bellinghausen
Coordinación editorial: Ramón Vera-Herrera
Edición: Gloria Muñoz Ramírez
Caligrafía: Carolina de la Peña (1972-2018)
Diseño: Marga Peña
Logística y producción: Ligia García Villajuana
Retoque fotográfico: Ricardo Flores
Corrección: Héctor Peña
Versión en Internet: Daniel Sandoval



Ojarasca en La Jornada es una publicación mensual editada por DEMOS, Desarrollo de Medios, SA de CV. Av. Cuauhtémoc 1236, Col. Santa Cruz Atoyac, delegación Benito Juárez, CP. 03310, México DF. Teléfono: 9183 0300 y 9183 0400. El contenido de los textos firmados es responsabilidad de los autores, y los que no, de los editores. Se autoriza la reproducción parcial o total de los materiales incluidos en Ojarasca, siempre y cuando se cite la fuente y el autor. ISSN: 0188-6592. Certificado de licitud de título: 6372, del 12 de agosto de 1992. Certificado de licitud de contenido: 5052. Reserva de título de la Dirección General del Derecho de Autor: 515-93. Registro provisional de Sepomex: 056-93. No se responde por materiales no solicitados.

Editado en Demos Desarrollo de Medios S.A. de C.V., Avenida Cuauhtémoc 1236, Colonia Santa Cruz Atoyac, C.P. 03310, México, DF.
suplementojarasca@gmail.com

GRACE EN HUAYACOCOTLA

A ESTOS HURACANES YA NO SE LES PUEDE LLAMAR “FENÓMENOS NATURALES”

ALFREDO ZEPEDA

Desde la sierra de Huayacocotla. 4 de septiembre 2021. La tormenta *Grace* cruzó el Golfo de México enojada y se convirtió en huracán frente a la costa de Veracruz a la altura de Poza Rica. De allí trepó a la Sierra Madre Oriental. Los torrentes de agua se volcaron desde Huayacocotla en Veracruz y desde Huauchinango en el norte de Puebla. A las once de la noche del viernes 21 de agosto los truenos la anunciaron detrás del Cerro Verde. Primero sólo el agua a cántaros, luego el ventarrón a las cuatro de la mañana, doblando las copas de los pinos y de los encinales. Volaron las láminas del techo en las casas de Viborillas como primicia de otras decenas de viviendas en las comunidades de D'nguaní y Debopó, en el municipio otomí de Texcatepec. Allí las terracerías precarias se mutaron en arroyos en la bajada de mil quinientos metros, sumados a los afluentes del Vinazco en las cañadas de Atixtaca y Ayotuxtla hasta Tzicatlán, donde desembocan. Allí, el único puente que comunica la zona quedó desprendido de la orilla del río por un socavón causado por el torrente. También el puente de Chahuatlán saltó en pedazos bajo el impacto de la corriente, aislando todo el municipio náhuatl de Ilimatlán.

El amanecer fue llegando, entre nubes negras. Detrás de la niebla apareció el desastre más temido, el de los destrozos en las milpas. Al comienzo del verano todos reiteraban en La Florida y Las Canoas otomíes lo que decía Casimiro Alonso. “Nuna eia xungú detha habú. Habrá mucho maíz. Este año las matas crecen bonitas, vale la pena meterles trabajo para desyerbar. Habrá más maíz que en 2019, el año de la sequía grande. No hay parte donde haya faltado el agua”. El viernes 20 de agosto, víspera del huracán, ya espigaban las milpas, ya aparecían los xilotl, ya estaban llenando los elotes. Cuatro horas de vendaval acostaron las cañas por dondequiera o el aire arremolinado desbarató las milpas. En otras partes, milagrosamente quedaron de pie, según los caprichos del viento.

Del mismo modo, cientos de sabinos y pinos cayeron sobre los cables de la luz. De toda la región se fue la electricidad. Se fueron sumando las noticias de los derrumbes en las terracerías, en El Batha y en El Manzano, en La Pesma y Cerro Chato, en Helechales y Los Naranjos.

La tormenta huracán estaba anunciada desde antes de cruzar la península de Yucatán por Cancún. El pronóstico del punto de entrada fue preciso en anunciar la trayectoria por el Golfo de México hacia Poza Rica. Pero las instituciones reaccionaron como si no se supiera. La CFE tardó seis días en prender la luz en la cabecera de Huayacocotla y dos semanas en restaurar la electricidad en las comunidades, poste por poste, cable por cable, trabajosamente. La Sedena, con su Plan DN3-E, llegó a asomarse a la sierra a cinco días del desastre. La Marina Armada estrenó su intervención con la caída de su helicóptero en Agua Blanca, con veinte funcionarios a bordo, antes de comenzar el reparto de despensas.

Ya la gente de las comunidades había empezado a destapar parte de las brechas organizando las faenas y con tras-cabos alquilados por los ayuntamientos. Los de Tzicatlán armaron con troncos y tablas de ingeniería comunitaria un puente de madera de veinte metros para conectar la punta



Cerro de las Tablas, Guerrero, 2017. Foto: Nadja Massün

del puente de concreto, desprendido de la orilla del río Vinazco. Trescientos abrieron paso en un lodazal por El Agua de la Gallina para comunicar hacia el Tundú.

También *Radio Huayacocotla* encendió sus plantas de luz para repartir la información que llegaba de comunidades todavía sin caminos, desde Xilotla y Tonalixco náhuatl y desde Pueblo Nuevo, To'ho y Micuá otomíes y para comunicar las comunidades indígenas de toda la sierra y con los emigrantes en México, Pachuca, Monterrey, Nueva York y Washington.

El huracán *Grace* también desnuda y revela el lugar que ocupan para la atención pública y para los gobiernos estas sierras marginadas. Los funcionarios se arriman a trompicones, fingiendo planes inexistentes. El gobierno estatal divorciado del federal, el registro del seguro de catástrofes de Agrocampo por un lado y el programa de apoyos de la Secretaría del Bienestar por otro. Presión a los Servidores de la Nación a ir casa por casa a censar sin descanso y con plazo de cuatro días, pero sin formatos de registro suficientes. Pretensión de entregar directo a cada “beneficiario” pero repartiendo finalmente láminas y despensas con mediación de ediles municipales nada confiables.

Grace se enmarca en una temporada de huracanes que ya corresponde a la inflexión del cambio climático. El primer anuncio fue el del huracán *Linda* en el Pacífico el 15 de agosto con fuertes vientos, pero alejado de las costas. Luego *Harry*, llegado como tormenta tropical a Nueva York. Sergio Téllez, emigrante otomí de Amaxac, sacó humor de la tragedia para comentar: “*Harry* se vino hasta el Bronx de mojado y abandonó a su novia *Grace*. Por eso ella se enojó

y se fue contra Veracruz”. A pocos días de *Grace*, *Nora* pasó devastando las costas de Michoacán, Jalisco, Colima y Sinaloa. Enseguida, *Ida* pegó en Luisiana en el 16 aniversario del huracán *Katrina* para cruzar hacia el noreste, golpear Pensilvania e inundar el metro de Manhattan y las calles de Queens. La gente de Nueva York evoca el huracán *Sandy* del 2012, que dejó sin luz una semana a 35 calles de la Gran Manzana después de matar a 147 personas en Estados Unidos. Detrás viene *Larry*, sobre la misma trayectoria de *Ida* con ominosos presagios. *Linda*, *Harry*, *Grace*, *Nora*, *Ida* y *Larry*, seis tormentas huracanes en menos de tres semanas. Nunca antes experimentado.

Con razón reitera Verónica Villa del Grupo ETC, monitor crítico de la sociedad tecnológica y promotor de los procesos del Buen Vivir: a estos huracanes no se les puede llamar “fenómenos naturales”. Son fenómenos sociales causados por la acción humana y la tecnología sin censura, por la contaminación que produce el calentamiento global y de la aguas y de allí el aumento de la fuerza de los huracanes.

Grace fue la parte que les tocó a los náhuatl, otomíes, tepehuas y totonacos de Veracruz, Hidalgo y Puebla en la Sierra Madre Oriental: los pueblos que mantuvieron floreciente el ecosistema del golfo por milenios, para que nunca pasara lo que está pasando ■

ALFREDO ZEPEDA, escritor y jesuita, ha vivido y trabajado con las comunidades de la Sierra de Veracruz durante décadas. Participa activamente en *Radio Huaya*, pionera de las radios comunitarias. Autor de *Ojarasca*, fue asesor del EZLN en los Diálogos de San Andrés.



Cerro de las Tablas, Guerrero, 2017. Foto: Nadja Massün

LA RESISTENCIA DE “LAS CHIRIWILLAS”

LIZZETH LÓPEZ

Monterrey, Nuevo León
Agosto de 2021

MARTHA

Era primavera. El calor de la Sultana del Norte apenas comenzaba a sentirse, pero subir al camión con aire acondicionado era el anhelo más urgente que tenía “Martha” aquella tarde. Encontrar asiento o ir de pie no importaba. Lo interesante era subir al camión y refrescarse un poco después de aquella difícil mañana donde caminó muchas calles buscando trabajo y no lo encontró.

Era jueves. Su cuarto día en la ciudad, pero no estaba triste. Sabía que algo encontraría lo más pronto. Mientras, subió al camión y se sentó mirando la ventana. Minutos después se dio cuenta que la parada donde debió bajarse había quedado muy atrás. Se paró enseguida para gritar al chofer que se detuviera. “Algunos camiones llevan timbre de aviso y yo olvidé eso, así que grité. El chofer me escuchó muchas calles después. Nadie más dijo nada. Para eso el camión ya iba lleno y a quien le pedí permiso para dirigirme al pasillo se molestó por mis gritos. Ya cuando al fin estaba llegando a la puerta trasera del carro, escuché a alguien gritar: ‘mensa chiriwillas’.”

Ese fue el primer día que “Martha” escuchó la palabra que le persigue casi todos los días y todas las tardes de los fines de semana en los parques que visita en Monterrey. “Yo pensé que era así como decir: chava, morra. Es algo que en la ciudad de donde vengo se escucha. Creí que era algo así. Por eso no hice caso. Después mis amigas me dijeron su significado”.

La palabra “chiriwillas”, en Nuevo León, es común escucharla en colonias populares con el fin de dirigirse de manera

despectiva a aquellas personas (hombre o mujer) que provienen del sur del país, específicamente de zonas indígenas. Tratan con ello de ridiculizar y hacer sentir inferiores a quienes los regios creen que llegan a “quitarles el trabajo, llenar los parques con sus ventas de ambulantes o adueñarse de la Alameda”.

Con la mirada perdida y voz tenue, “Martha” contó que al enterarse que chiriwillas significaba ser morena y tonta por ser de origen mixteco, se enojó. “Ese día del camión me estaban insultando y no lo supe. Me enojé, pero además del coraje que sentí, en realidad lograron hacerme sentir menos. Me puse triste, y aún siento agachar la cabeza cuando alguien me lo grita”.

ALI Y ANA

En 2018, un grupo de jóvenes mujeres que se preparaban para marchar el 8 de marzo dentro del movimiento feminista, notaron que su participación en años anteriores había pasado desapercibida y buscaban hacer notar a su contingente, sobre todo a las poblaciones de mujeres indígenas que vivían en el estado, tanto migrantes como ciudadanas ya nacidas en Nuevo León, a las que ellas también pertenecían. “Ali y Ana”, originarias del estado de Veracruz y la Ciudad de México, hablantes de náhuatl y mazahua, respectivamente, fueron las fundadoras de la Colectiva “Las Chiriwillas” en Nuevo León. Ambas han sido, desde los 13 años, voluntarias en programas sociales de organizaciones diversas para mejora de su comunidad. Hoy, 12 años después, encabezan círculos de mujeres en diferentes colonias de Escobedo, Santa Catarina, Guadalupe y Monterrey.

“Reflexionamos sobre cómo nos llamaban aquí en el estado, entonces decidimos tomar la palabra “chiriwillas” y resignificarla, darle otro valor, otro sentido y decirlo. Sí, nos

apropiamos de la palabra, no nos da pena, no nos da vergüenza, no nos da miedo”, resaltó Ali.

Ambas han tenido su propio camino y proceso de deconstrucción. “Para mí tampoco era fácil decir ‘oye, soy de una comunidad, oye, soy chiriwillas’, por decirlo de alguna manera, pero el haber estado como voluntaria en diferentes organizaciones fue donde yo reconocí el valor cultural que tenemos. Sabemos que hay usos y costumbres que violentan derechos, sí, es cierto, pero también le das un valor a lo que ya tienes. A tu identidad y tus derechos”, mencionó Ana.

Lo que empezó con dos círculos de mujeres en diferentes casas de la colonia Colinas del Topo Chico en Escobedo, hoy suman cinco círculos con 12 mujeres en cada uno y en diferentes puntos de la zona metropolitana donde trabajan semanalmente, además de llevar a cabo una asamblea comunitaria al mes. Se basan en el feminismo comunitario, donde resaltan la participación ciudadana de las mujeres indígenas y de colonias populares iniciando con la cuestión de la identidad, el autocuidado, el autoconocimiento, la dignidad colectiva, la participación comunitaria, hasta llegar a la participación ciudadana.

“Nunca nos ha tocado ver una mujer que no vea su realidad porque saben lo que significa ser mujer indígena aquí en Monterrey: cuando salen a vender, cuando van al trabajo, a la escuela, cuando viene una organización que pretende ayudar, entonces nunca nos ha tocado una mujer que diga que no necesita nada y todo está bien”, enfatizó Ali.

El camino de reflexión colectiva las ha llevado a trabajar desde el nivel personal para que, sin importar su origen, las mujeres tengan las mismas oportunidades de salud, empleo, educación, cultura y esparcimiento. La meta es lograr que cada día menos mujeres desertan de su trabajo o escuela por escuchar palabras como: Oaxaca, chiriwillas, india, indígena, y sigan desarrollándose sin sentirse lastimadas por los estereotipos como ha sucedido en varias ocasiones.

LAS CHIRIWILLAS

“Las chiriwillas existimos y resistimos”, es el lema que se lee en su página de Facebook, misma en donde publican sus actividades, y también donde hombres y mujeres dejan sus escritos de repudio hacia ellas.

Ali resaltó el momento en que hicieron presencia en Facebook como colectiva, y todos aquellos comentarios discriminatorios que recibieron y siguen recibiendo. “Hacer un pronunciamiento de por qué nos llamamos así provocó muchos comentarios negativos, muchas personas mencionaron que Nuevo León ya es el ‘Reyno de los Chiriwillos’, que les vendamos las jicaletas con chamoy o los tacos al pastor. Suelen preguntarnos qué nos genera a nosotros ser indígena en Nuevo León, pero a nosotras no nos genera nada. Les genera a ellos, a ellos les genera incomodidad. Si posteo ‘soy Chiriwillas y existo’, nos señalan de rateras, flojas, pero no se dan cuenta que puedo ser buena persona, una ratera también, o muy trabajadora, sociable o muy sangrona, pero es por el simple hecho de que soy una persona, por eso nada más, pero no nos posicionan ahí”.

Ana señaló que incluso existen radios locales, como la 93.3 FM, donde en diversos programas convocan a regios y “chiriwillos” para llamar y opinar si la presencia de éstos últi-

mos en la Sultana del Norte es justificada o no. “Creo que los medios juegan un papel muy importante y eso hace un gran empuje y refuerzo en tener una sociedad tan estereotipada en el norte del país”.

Por otro lado, en redes sociales se pudo observar varias encuestas abiertas sobre el significado específico de la palabra, donde destacan respuestas discriminatorias y peyorativas. Acusan a los foráneos de “robarle el trabajo al regio, ser flojos, de no querer estudiar más allá de la secundaria al estar en la gran ciudad y de ganar un sueldo promedio”.

Durante la redacción de este escrito se llevó a cabo una encuesta a 50 personas ubicadas en la zona metropolitana de Nuevo León, entre 18 y 30 años de edad, originarios de Monterrey, San Luis Potosí, Hidalgo, Chiapas y Tabasco; más de la mitad señaló usar la palabra “chiriwillas o chiriwillo” para molestar a otro compañero, compañera, vecina, vecino o persona conocido, pero aceptó desconocer el significado específico de la palabra, y saben que se utiliza para ridiculizar al foráneo por venir de fuera y tener trabajos pocos formales, expresar su falta de cultura o ganas de estudiar. Siete personas dijeron no usarla ni conocer su significado, mientras que el resto indicó haberla escuchado de otras personas hacia ellos, pero no conocer el porqué de la expresión.

En 2010 Nuevo León ganó el primer lugar en discriminación hacia indígenas y foráneos según la encuesta de ENADIS. De los 62 pueblos originarios que existen en México, Nuevo León cuenta con la presencia de 56, entre ellos: mixteco, huasteco, otomí, náhuatl y mazahua.

En agosto de 2019, Nuevo León se reconoció legalmente como un estado multicultural e indígena, pero en la realidad no sucede. Poco más de 37 mil son mujeres hablantes de una lengua indígena, mismas que continúan enfrentándose a problemas de empleo formal, educación y salud.

Al terminar este escrito, fui en busca de “Martha” para tomarle una foto. Nos habíamos visto pero no teníamos confianza y ella no dejó retratarse. Me dijo que tenía 3 años intentando estudiar la preparatoria, pero su trabajo era de “siete por 24” y ya se había encariñado con los 3 niños que cuidaba. Después de 4 años en la ciudad ya se había acostumbrado al clima tan diferente al de Puebla.

Toqué la puerta de la casa donde la encontré, tardaron en atenderme y la “señora de la casa” fue quien abrió. “Se fue”, me dijo, “que porque quiere estudiar, ¿tú crees?”, señaló en tono molesto. Yo asentí, me di la vuelta y sonreí por ella ■



Pintura de Armando Brito

NÀ SI' / MUJERES

Fernanda Lorenzo Ortiz

Iyo nà xalu ve'e ñà koo tááku

nú vikó xà'à sándùxìn na ñà ivà ini nà
ti xikui xikui'ina ri iki kuñu nà,
ti timása ndeso ndi'i ri ñu'ún na
vitin xá'an nà nú ndatu'u ta'an na xa'a in tyiñu ñà iyo nú ñuu,
ndí su kúvi ka'an nà;
lo'ó ki'ivi tu'u na tixin tyiñu iyo ve'e nú ka'avi na vali, ndí su
túvi nùú na;
ndà taa lòsò kán xa'anda ndà ndixin na,
sàkuútyi nda na ñà kandíxa na ka'an ndà,
síkua'a na tikui nùú na xi'in xíní ñu'ún,
ndéko na kixin ñà síkua'a na ña'a vali so'ó,
nikuu ní taáxin nà,
in xika kuu so'ó na ndukun na nú ndiki'in na mií na,
síndeke na ini nà xi'in yaa nda'avi Tu'n Savi,
te'e xi'in tyàala tyu'ún dí'i ñà satixu'uvi nà
va'a ka koo xáni ini ka na ñà koo kuatyí xa'a na.

Viven en el ombligo de la casa sin sentimientos,

en la nube gris entierran sus amarguras
los zorros se empoderan de sus cuerpos,
las gallinas ciegas las despojan de sus tierras,
en las asambleas comunitarias asisten,
pero son mudas;
su voz brota en los deberes de la escuela,
pero son ciegas;
los hombres de garabatos les cortaron las alas,
las bautizaron dóciles sometidas al mandato del intolerante,
tejen sus llantos en los sombreros de palma,
martajan barro para sus utensilios,
salvajemente son magulladas,
vagabundas buscan refugio,
serenan su pecho con las canciones en Tu'un savi,
las costras y cicatrices miden el testimonio de una dolencia:
han dejado de creer en la justicia.

FERNANDA LORENZO ORTIZ, ñuu savi de Couilotlatzala, Metlátocho, Guerrero. Licenciada en Derecho, fue dirigente juvenil de la Central de Obreros Campesinos y Agrícolas (CIOAC) y es fundadora de la asociación civil de defensa indígena Na ka'an xa'a na nda'avi. Publica en el proyecto editorial Gusanos de la Memoria.

INDEPENDENCIA

BEATRIZ CRUZ LÓPEZ

Hay independencias que se escriben con mayúscula inicial y otras que no. Hay independencias que necesitan ser promocionadas y recordadas frecuentemente para parecer reales, y hay otras que no. Hay independencias que se gestan sin bombo y platillo y que a veces ni siquiera alcanzan ese nombre, pero cuyos efectos son tangibles al nivel en el que operan porque se construyen paso a paso, consolidando poco a poco sobre lo ganado.

En la década de 1820, muchos pueblos del Valle de Oaxaca, incluyendo el de mi madre, pasaron de ser pueblos sujetos a una cabecera a ser municipios. En el papel, ya eran independientes de su cabecera, pero no fue este particular momento ni esa etiqueta lo que los hizo *realmente* independientes. Varios de ellos habían transitado ya por un largo proceso de fortalecimiento de su organización y sus instituciones internas. Estaban listos para funcionar de manera autónoma y gracias a ese proceso también estuvieron en posición de hacer frente e incluso revertir los embates que poco después los nuevos Estados-nación, so pretexto de acabar con los “privilegios” corporativos que limitaban la libertad (propiedad) individual, lanzaron contra ellos.

Este proceso de fortalecimiento interno empezó en la segunda mitad del siglo XVII (1670 en adelante), cuando la población indígena de la entonces llamada Nueva España empezó

a recuperarse de la pérdida de casi el 90% de su población debido a las epidemias, la desnutrición y los malos tratos. Para este momento, además, la Corona castellana, buscando incrementar sus ingresos, incluyó a todos los pueblos (cabeceras y sujetos) en su programa de titulación territorial conocido como las “composiciones de tierras”, que básicamente consistía en pagar para obtener títulos de tierras emitidos por esa autoridad. Muchos pueblos participaron de inmediato para obtener la titularidad de sus territorios y la obtención de esos títulos de tierras dio un impulso más a sus aspiraciones de autonomía.

Hablaré un poco más del pueblo de mi mamá, que en aquel entonces se llamaba Santo Domingo del Valle, o *Nia-guego* (“al pie del río”) en *tichazá* (zapoteco colonial), pueblo ubicado en los Valles Centrales de Oaxaca, no sólo por mi conexión emocional con él, sino también porque deja ver algunas fases y matices de este proceso. Santo Domingo obtuvo primero la titularidad de su territorio a través de los títulos de composición. El primero lo obtuvo en 1697, luego obtuvo otro en 1710 y otro más en 1754.

El siguiente paso fue adquirir cierta autonomía administrativa, lo cual ocurrió en 1745, cuando las autoridades del pueblo empezaron a entregar sus tributos de manera directa, sin tener que llevarlos a su cabecera, Tlacolula, debido a los supuestos retrasos en que ésta solía incurrir. Mientras tanto, en 1735, se empezó a construir una iglesia mucho más grande de la que entonces tenía, la cual se terminó alrededor de tres décadas después.

Finalmente, en 1803 las autoridades de Santo Domingo demandaron a Tlacolula para dejar de darle contribuciones y

servicios a las “casas reales” (la sede del cabildo), la iglesia y la casa parroquial, contribuciones que en su calidad de pueblo sujeto había hecho desde el siglo XVI, pero que ya para ese año encontraba cada vez más molesto. El pueblo obtuvo una decisión favorable en 1805.

Santo Domingo estaba listo para pedir la separación formal de su cabecera, pero al parecer nunca lo hizo.

Fue hasta que culminó la llamada “independencia de México”, y como consecuencia de los criterios empleados en los reordenamientos territoriales, que el pueblo fue catalogado como municipio independiente.

Otro detalle que también resulta interesante del proceso de fortalecimiento local de Santo Domingo es que en 1803, luego de obtener la decisión favorable para no seguir dando contribuciones a Tlacolula, sus autoridades entregaron una lista de los servicios que el pueblo sí quería seguir dando. Este gesto, aparentemente contradictorio, es muy poderoso por varias razones.

Primero, porque muestra que el pueblo en realidad no deseaba dejar de contribuir, lo que buscaba era no ser forzado a ello. A partir de obtener la libertad de decidir, decidió que quería colaborar voluntariamente para el mantenimiento de los edificios e instituciones que su propia gente había ayudado a levantar a lo largo de muchos años y con muchos sacrificios, y después, porque en su demanda contra Tlacolula, las autoridades de Santo Domingo citan una “circular de 1794” que prohibía “los tequios y gravámenes” que las cabeceras solicitaban a sus pueblos sujetos. El lenguaje usado en esta circular, así como el lenguaje del juez español que dictaminó a favor de Santo Domingo y contra “las corrubtelas (sic)” de la cabecera, son propios del momento en el que la Corona española había arremetido otra vez contra los pueblos amerindios y sus formas propias de organización (el periodo de las Reformas Borbónicas) por considerarlos un obstáculo para centralizar y acrecentar su poder.

Este episodio es un ejemplo más de que los pueblos podían apropiarse del lenguaje oficial, jugar el juego de aceptar los prejuicios implícitos en las leyes que buscaban su sometimiento, y al final, una vez conseguido su objetivo, volver a las prácticas y lazos que los caracterizaban y ellos consideraban importantes, si bien ya de un modo distinto.

Este es, además, un episodio que en lo personal me llena de esperanza. La historia de mi familia parecía ser la que terminaría con el olvido de una lengua indígena y una identidad comunitaria: personas que salen de sus pueblos a buscar ingresos y, una vez confrontados con los estigmas contra su gente, los asumen y prefieren no transmitir su lengua a las nuevas generaciones. Y sin embargo, algo queda: son las narraciones de los abuelos traducidas al español, son las constantes añoranzas por el pueblo y el deseo de regresar, es la llegada de más familia que también está en busca de empleo, las comunidades en diáspora mandando recursos y realizando las fiestas marcadas en el calendario local. La fortaleza de los pueblos les permite reinventarse una vez más para hacer frente a los nuevos desafíos de la era (neo)liberal ■

BEATRIZ CRUZ LÓPEZ pertenece al pueblo zapoteco de Oaxaca. Esta es su colaboración para *Tzam: Trece semillas*, la sección móvil que *Desinformémonos* publica cada mes en una actualización de las 13 demandas originales del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Disponible en: <https://tzamtrece-semillas.org/sitio/independencia-beatriz/>

Obra de Pedro Carrillo Montoya (1957-2021), marak'ame, cantador, médico tradicional y artista plástico wixárika fallecido recientemente





Las aguas del río Negro en Los Chimalapas, Oaxaca. Foto: Elí García Padilla

ADIÓS A BONAFONT

LA OCUPACIÓN DE LA PLANTA EMBOTELLADORA DE LA EMPRESA Y SU CONVERSIÓN EN ALTEPELMECALLI, CASA DE LOS PUEBLOS, EN CUANALÁ, PONE FRENO AL BRUTAL SAQUEO HÍDRICO

PUEBLOS UNIDOS

Juan C. Bonilla, Puebla

Luego de tres semanas de la toma de las instalaciones de la ex embotelladora Bonafont en el municipio de Juan C. Bonilla, Puebla, más de dos centenares de personas asistieron al Encuentro Internacional de Científicos por la Vida, llevado a cabo en el Altepelmealli, la Casa de los Pueblos, del 30 de agosto al 4 de septiembre del 2021.

Nosotros, los Pueblos Unidos de la región de Cholula y los Volcanes que luchamos en contra de la empresa Bonafont, propusimos el encuentro de científicas y científicos por la vida porque vimos la necesidad de abrir un espacio en el cual las diferentes voces pudieran expresarse, aportar sus conocimientos, experiencias, propuestas y críticas a favor de la vida, contrario a la ciencia convencional, extractivista y neoliberal.

En este encuentro participaron científicos e intelectuales como Raúl Zibechi, Gilberto López y Rivas, Yuderlys Espinosa, Raquel Gutiérrez, Carmen Cariño, Eliana Acosta, Linda Marín, Alejandra Colom, Mónica Berger, Gabriela Méndez, los documentalistas Juan Carlos Rulfo y Valentina Leduc, la defensora de los derechos humanos Estela Hernández Jiménez, y estudiantes de diversas universidades, quienes sostuvieron un diálogo con representantes comunitarios, mujeres, jóvenes, abuelas y abuelos, médicas tradicionales, activistas, ambientalistas, artistas, personas de la disidencia sexual y de género, colectivas, representantes de organizaciones sociales, asociaciones civiles, cooperativas agroecológicas y de comunicación comunitaria, promotores comunitarios, biólogas, sociólogas, antropólogas, músicos, poetas, muralistas,

escritores, así como representantes de pueblos originarios nahuas, otomís, ñuu savi, tutunaku, entre otros.

Se habló de la situación socioambiental del Alto Atoyac y del acuífero de Puebla, destacando el estudio técnico, científico y participativo realizado por el Centro de Derechos Humanos Fray Julián Garcés, complementado con estudios de caso del río Metlapanapa y de Santa María Zacatepec; también se explicaron alternativas y propuestas comunitarias frente al extractivismo, el saqueo y demás agravios a los territorios de vida, como los despojos que realizan la academia, las empresas y los gobiernos, tales como robo de saberes, de prácticas, de la palabra, conocimientos y pensamiento de los pueblos.

La Casa de los Pueblos. Las instalaciones del ahora Altepelmealli, Casa de los Pueblos, en Cuanalá, fueron por casi treinta años un espacio de saqueo de agua, explotación y contaminación de la naturaleza, a cargo de la empresa Bonafont, que forma parte del corporativo Danone. Ahora podemos presenciar cómo, a partir de la reapropiación por parte de los Pueblos Unidos y con el respaldo de al menos veinte pueblos de la región, la Casa de los Pueblos se vive como un sitio de reflexión, sentipensamiento y escucha, un espacio para imaginar y vivir otros mundos posibles.

El saqueo. Tres empresas concentran el 82 por ciento del mercado del agua en México: Danone, CocaCola y Pepsi-Cola, las cuales distribuyen agua embotellada con un valor de 200 mil millones de pesos. Bonafont, de Danone, es líder al recabar el 38 por ciento de los ingresos por este rubro, seguida de Ciel, de la CocaCola, con el 25 por ciento y E-Pura, de Pepsi-Cola, con el 19 por ciento.

Frente a esta situación, los pueblos declaramos que Bonafont nunca más regresará a operar y nunca más permitiremos el saqueo a nuestro territorio. Tampoco permitiremos la instalación de desarrollos inmobiliarios, industriales y otros proyectos extractivistas que destruyen y contaminan el suelo, agua, ríos, aire.

Estas instalaciones se han tomado para resarcir todo el daño que hicieron en la región. Ahora vemos cómo los niveles de agua en los pozos, ameyales y ríos de las comunidades comienzan a recuperarse y es por eso que nosotros seguiremos resistiendo.

En esta lucha lo único que siempre recibimos de los malos gobiernos y las empresas es el desprecio, la persecución y criminalización de los defensores de la vida. Responsabili-

zamos a los tres niveles de gobierno por la intimidación que desde el primer día los Pueblos Unidos hemos recibido.

El mensaje. Hoy estamos en este espacio donde durante 29 años se nos despojó de nuestra agua sagrada, y por este robo nuestros pozos se secaron. No contentos con tanto daño, pretendían hacer crecer la extracción; pero los pueblos no lo permitimos y el 22 de marzo de 2021 decidimos cerrar esta planta de saqueo. Tras el cierre, las comunidades notaron aumento en la disponibilidad de agua en sus pozos. Fue casi de inmediato que los efectos de nuestra organización se hicieron presentes. Así, durante cinco meses resistimos y nos dispusimos a invitar a más compañeros de otros pueblos. En cada comunidad preguntamos en asambleas qué es lo que haríamos. La decisión fue unánime: la empresa Bonafont no volverá a saquear nuestra agua y las instalaciones ahora servirán para el bienestar de las comunidades. Y así lo hicimos el 8 de agosto, fecha en que se conmemora el natalicio de Emiliano Zapata, los Pueblos Unidos de la región cholulteca abrimos este lugar para convertirlo en la Casa de los Pueblos.

Aquí los pueblos encontrarán su casa, un lugar desde donde nos podemos organizar para seguir defendiendo la vida y enseñar a los que vienen a hacerlo. Para que nuestra labor sea completa, sabemos que también debemos escuchar otras voces, otras experiencias. Consideramos muy importante que nuestros compañeros científicos nos compartan su visión para que nuestra perspectiva crezca.

Hicimos este Primer Encuentro de Ciencias por la Vida porque sabemos que la ciencia la han usado los malos gobiernos, los capitalistas, para dañar y destruir la tierra, contaminar el agua, dañar la vida toda. Nosotras, nosotros, creemos que la ciencia debe ser para la vida y por la vida y que debe ser pensada y construida por los pueblos.

La despedida. Agradecemos que hayan llegado hasta la Casa de los Pueblos a solidarizarse con nosotros. Fue muy enriquecedor y reconfortante que tantos compañeros estén sumando sus esfuerzos para esta lucha por la vida.

Como los compañeros zapatistas lo han dicho, la organización es la única forma para vencer a este sistema asesino. Sólo así, organizándonos en nuestras geografías y hermanándonos con otras luchas, venceremos ■

Colaboración escrita en colectivo para Ojarasca



Aves de Xochimilco. Foto: Tamara Blázquez Haik

APICULTURA Y TERRITORIO EN EL VALLE OTOMÍ-CHICHIMECA

ITZIAR URQUIOLA

Poco a poco el manto de la noche comienza a levantarse. La aurora clarea las montañas hasta inundar de luz el valle de Tolimán. Nos levanta el alboroto de los primeros pájaros que anuncian el despertar del semidesierto. El piso de la casa aún está frío; los árboles frutales del patio se abren cauce hacia los más viejos que pasan al fondo, hacia los cerros: nativos, silvestres, serpentean la orilla del arroyo. Cerca de los mezquites resuena el zumbido de las abejas que, ávidas y laboriosas, desde los primeros rayos de sol comienzan a pecorear en las primeras flores que abren: es un lleva y trae de polen y néctar. En la cuenca, las hojas apagadas de los mezquites ahora reverdecen iluminando el color opaco del invierno, inicia la primavera, las pequeñas y esponjosas flores asemejan cepillos amarillos: son visitadas una y otra vez por las abejas. Solares repletos de *chiquiñá* o *xhiquiña* (dientes de víbora) como les dicen los ñahñö, brotan de la tierra como limpiapiipas; en sus puntas, flores anaranjadas contrastan con el amarillo ocre del valle. En otros pueblos lo conocen como *ocotillo*.

Al caer las primeras lluvias del año los cerros que rodean la casa y el valle se van pintando en tonos rosas pálido. De los ramales secos y chupados por el calor invernal, brotan enfiladas hojitas para esconder las espinas de la flor de uña de gato —o *mimosa del semidesierto*— que hacen honor a su nombre. Pequeñas flores naranjas, rosas y amarillas son abarrotadas por las abejas que persiguen el exquisito polen, alimento fundamental que las nutre y mantiene en una danza frenesí con el constante flujo de la temporada. Las virtudes de sus vastos y diminutos alimentos se golpean en sus alas y se dispersan entre las flores: entonces la vida germina. Es el

mismo polen que llevan a su colmena, detenido entre sus patas traseras —les dicen *corbiculas*— para almacenarlo o mezclarlo en jaleas con el néctar recolectado por sus buches; con esto alimentan a las que apenas son huevos, larvas o pupas.

El calor que amortigua la tierra y sube entre los matorrales evapora la humedad que guardan las plantas; el recio olor de la gobernadora, el orégano y la prodigiosa invade por momentos el monte. Estas hierbas son sabidas y apreciadas por las curanderas de la región y los que aún sanan con plantas, quienes hacen bálsamos y pócimas medicinales para curar a la gente. En el cerro todo tiene sus ciclos y su coherencia: lo que parece no servir de nada nutre si lo sabes disponer, lo que antes considerabas una molestia puede ser una herramienta si la sabes amansar.

En las puntas de los cerros, los agaves, pacientes, esperan a ser polinizados para continuar su ciclo de vida. Con sus fibras los campesinos saben tejer los morrales donde guardan las semillas que van a sembrar, las resistentes reatas y mecapaes que los apicultores usamos para cargar las cajas donde criamos a las abejas, a quienes movemos entre las sinuosidades de todo el valle en búsqueda de floración que las alimente. El sotol es parecido a un agave: se recolecta para hacer ofrendas en altares y lugares sagrados en tiempos de danzas y rezos, durante los meses de abril y mayo, en los que se pide por agua y se agradecen las cosechas. Esta cactácea también es utilizada para hacer aguardiente.

Los cactus gordos y flacos, rastreros o en pie, casi árboles con viejas pencas a manera de troncos, plantas con afiladas espinas y extensas raíces, aprovisionan agua con gran cuidado. Maraños de matorrales y entramados de arbustos sirven para defenderse y no terminar como comida de vacas y chivas que son llevadas a pastorear; ellas dan quesos, o carne, según se decida. El semidesierto sabe proteger y cuidar su vida: tiene el carácter de la “resistencia”.

La curiosidad por las abejas nos devela el lugar. Al conocerlas, reconocemos la abundancia que emana del entorno, de los seres, las plantas y la íntima relación que tenemos para trascender el valor “productivo” del oficio. Con ellas, aprendemos a pasar horas bajo el sol con el sofocante traje apicultor, a tener la boca agrietada y el cuerpo envuelto en el ardiente aliento de la tierra, a organizarnos y llevar provisión de agua fresca; la preparamos cada mañana con las naranjas agrias o limones de las huertas del pueblo. Disfruta una el agua mientras recuperamos el aliento a la sombra del extendido follaje de los mezquites. Las abejas beben el jugo de los frutos de órganos y garambullos. Al abrir la colmena, los abdómenes de las abejas son rojos por el dulce extracto.

Dicen las compañeras apicultoras que un garambullo asoleado cae mal en la panza y que los colores hablan de la toxicidad de plantas y animales; las formas de cactus y troncos nos indican el agua que guardan. Rincones llenos de vida habitan en el corazón de los magueyes. Cuenta don Rafa, un viejo y obstinado apicultor, que en tiempos de seca la gente del cerro se criaba con aguamiel y pulque. Es así que significamos lo que nos rodea: en las maneras de asirse a la experiencia resguardada por cientos de años y generaciones atrás.

Es importante aprender a escuchar: esta fina habilidad requiere tiempo y conexión con el espacio. Es algo parecido a bailar, ocurre si te sueltas y activas la intuición y las sensaciones. El sonido recorre, se sumerge y enclava en el corazón. Nos implica. Es estar ahí con todo el cuerpo, con todo el ser. A partir de lo que escuchamos, nos movemos. Es una relación con el alrededor, con el lugar y sus seres. El flujo de relaciones —ese entramado que llamamos “territorio”— forma un tejido que guarda los significados de la vida, los cuales comprendemos a profundidad con el tiempo y la labor.

Los pueblos otomíes que han habitado este valle mantienen esos saberes en sus modos más primigenios de alimentarse y ser parte de cultivar el ciclo de la vida.

Así vivimos en el semidesierto, con las flores, el agua, la lluvia, sus cactus, insectos, liebres, ardillas, lagartijas y víboras de cascabel. Más allá del prejuicio que impone el dominante paisaje y la idea que reduce a las abejas a simples objetos de producción para la miel, comprendemos cómo son parte del territorio: ellas cuidan la polinización, anuncian el temporal y germinan la tierra. Observando la colmena sabemos qué tanta agua hay en el ambiente, su comportamiento se relaciona con la luna, el patrón de cría nos indica la cantidad de alimentos que hay en el lugar, y si ellas se enferman o pierden vigor, sabemos que también padece el territorio; esto abre caminos de exploración para entender lo que les pasa.

El calor del día cae, al horizonte se mira el Pinar del Zamorano y las montañas de la sierra que resguardan al valle. Cortinas de encinos cosechan el agua de la niebla que da

vida al bosque; nace entre las montañas y desciende hasta llegar al cañón, donde los tules, guardianes del río, custodian al agua que corre. En ese largo camino, sus venas subterráneas llenan los pozos que se ocupan para regar los cultivos. Arriba el maíz se alimenta por esa humedad, la llaman *milpa de jugo*; abajo los agricultores aguardan por el temporal. Sin lluvia, arriba y abajo no hay cosecha, las plantas no hidratan sus raíces ni las flores hacen el néctar, así, aunque las abejas van y vienen, no llenan sus panales: es por eso que peregrinamos hasta el Pinar, la parte más alta de la región.

Entrada la primavera subimos los cerros y ofrendamos en árboles y cuevas, llevamos nuestra cosecha de miel; la gente lleva flores y agradecimientos, pedimos para que caiga el temporal, la salud de nuestra tierra. Entonces nos sentimos parte del territorio, de su latido y organización ancestral.

No sabemos si las abejas duermen, pero cuando el viento fresco vuelve y el sol se guarda entre las montañas, regresan a la colmena; el pecoreo cesa, se mantienen cerca, apiladas, atentas; la luz se ha ido y la oscuridad se posiciona, la mayoría se guardan. Las hemos visto hacer racimos por fuera de la

caja; van por debajo de ella, giran y aletean para enfriar la colmena cuando la noche aún es caliente, lo que permite que el aire llegue al interior. La frecuencia en sus zumbidos marca el anochecer.

Habitar el valle y las montañas implica cuidado y reciprocidad. Lo protegemos porque es nuestro cobijo: nuestra madre. Campesinos, abejas y demás insectos y animales, entramos con el agua y las raíces; las sensaciones de rocas, plantas, espinas. Percibimos y significamos el movimiento de las floraciones, los flujos y rastros de la polinización, compartido en frutos y cosechas. Los guardianes en sus diferentes formas tienen mucho qué mostrar. Comprender estas relaciones es atestiguar la vocación milenaria del suelo, del lugar y el entorno. Ahí la importancia de su defensa. Un árbol, una planta, una abeja también son comunidades a las que pertenecemos, mantenemos relaciones de vida con ellos y para ellos, somos quienes guardan y comunican los testimonios de lo que fue y lo que está por venir, somos parte de un tejido vivo, del territorio, del valle sagrado Otomí-Chichimeca ■



Humedales de Xochimilco Foto: Tamara Blázquez Haik

XÀBÒ MÈ'PHÀÀ / GENTE MÈ'PHÀÀ

María Isaías Jerónimo Reyes

Xàbò mè'phàà,

Ajngàà nikraòminanè ná chaca,
naraxná xé mbíyu.
Natsí mathán ri ríga,
xí tsí gixthamínè ná a'wuá rá.

Ná a'kuín mbro'on,
nìguakra'wíi.
A'kúun,
araxná xó' tsía'khe agú
Kha'ngò maxámbùma xó' rí xtáa.

Gente mè'phàà,

en tu garganta se escondió la lengua,
alienta su nombre,
¿Quién hablará de lo que existe,
si no retoña su piel en tu voz?

En el corazón de la noche,
la escondieron.
A'kúun,
danos lumbre y fuerza
para no olvidarnos de tu mundo.

MARÍA ISAÍAS JERÓNIMO REYES, escritora y cineasta mé'phàà, originaria de Santa Cruz del Rincón, Malinaltepec, Guerrero. Ha colaborado en el largometraje *Mixnantli* (2012) y con el colectivo Xtajá en el corto *Luna roja* (2014). Participa en el proyecto editorial *Gusanos de la Memoria*.

DESALAMBRAR EL LAGO DE CHAPALA PARA HABITAR SU MAR

JAIME TORRES GUILLÉN

Los cercamientos de tierras comunales datan de por lo menos el siglo XVII. Fueron el punto de partida del colonialismo y la sociedad capitalista. En su famoso capítulo “El secreto de la acumulación originaria”, Karl Marx estudió con detenimiento el mecanismo básico de los cercamientos: terminar con el control comunal de los medios de subsistencia. Su forma física es muy precisa. Son vallas, alambradas, muros o cercas con las que se impide el paso libre a lugares comunes. Durante siglos los cercamientos unieron a quienes se vieron despojados de su subsistencia y del paso libre. Y a su vez, cada lucha contra los cercamientos tuvo su respuesta: apropiación ampliada de nuevas tierras, bosques, selvas o lagos.

En los últimos días, habitantes de los pueblos de la Ribera de Chapala, Jalisco, comenzaron a desalambrar cercados con los que particulares impiden el paso libre al lago. Sus acciones nos recuerdan no sólo que existen nuevos cercamientos, sino que estos últimos unen a quienes deseamos habitar lugares.

Los pueblos de Chapala quieren habitar su mar donde cientos de historias han tejido la vida cotidiana en sus bahías, ensenadas, cabos, ríos, puertos, cerros, islas y canales. Esto no lo pueden entender los inversionistas y los gobiernos en turno para quienes el Lago sólo cuenta por su capacidad de almacenar 7 mil 897 millones de metros cúbicos y ser la principal fuente de abastecimiento de agua potable de la Zona Metropolitana de Guadalajara.

Además de la ofensiva de los cercamientos, el Lago de Chapala sufre desde hace décadas la degradación de sus aguas. No es un secreto decir que se le ha caracterizado como el vaso de almacenamiento de contaminantes más grande del país. Diferentes estudios han mostrado que en el lago se vierten desde los contaminantes más comunes hasta aguas residuales industriales que contienen metales pesados y sales orgánicas sintéticas.¹

Por desgracia, estos estudios en su gran mayoría se han concentrado en la versión convencional de la crisis ambiental y ecológica. Ésa que sirve a los ingenieros y burócratas, quienes sólo entienden de bombeo, descargas y saneamiento del H₂O y no de la discusión del agua libre, gratuita y fluida.²

Los problemas del Lago de Chapala no son sólo ecológicos entendidos como “gestión ambiental”. Esa ecología está en manos de administradores, ingenieros, expertos y conservacionistas que pretenden ser los jardineros de la tierra. Se preocupan por la limpieza, la estética y el orden de lo que llaman el medio ambiente. Su idea de gestión ecológica no es sino una operación de conquista y una ocupación de tierras. Sus técnicas son los cercamientos blanqueados con la narrativa de la inversión económica y la concesión jurídica para asentarse, espaciarse e imponer un modo de ordenar el suelo.

De esa “gestión ambiental” se desprende la mayoría de los problemas del lago. Esto lo entienden muy bien quienes comenzaron a derribar los alambrados que obstruyen el paso libre a las playas de Chapala. Con su acción, comienzan a redefinir el lugar que quieren vivir y habitar. Esto no sólo expone a la mirada de todos lo que los gobernantes y desarrolladores hacen *offshore*, sino que expresa con valor una decisión.

Desalambrar el Lago de Chapala significa exigir el habitar un lugar común invadido. Habitar significa ligarnos a un lugar, saber su nombre e historia, trazar el territorio que vamos a defender. Los lugares que se habitan se defienden no para apropiárselos, sino por el valor que implica pertenecer a ellos.³ Cuando habitamos un lugar, decimos que somos del suelo que pisamos, esto es, terrestres encarnados en una dimensión comunal.

Desalambrar, en su silencio, contiene el grito: “esto nunca ha sido tuyo”. Para entenderlo se tiene que tomar parte. Quienes están situados en *Ninguna Parte*, sean científicos o ambientalistas, no podrán comprender que las gramáticas del desalambre devienen de un respeto “por la tradición histórica, por las cualidades locales y la virtud terrena de fijarnos límites entre nosotros mismos”.⁴ Deviene del enojo de sentirse nativos de un lugar, pero sin que éste sea su hogar.

En México existen experiencias de lucha por lagos. La más relevante ha sido la defensa del Lago de Texcoco contra el relato hegemónico sobre el Nuevo Aeropuerto Internacional de México (NAIM), proyecto emblemático del gobierno de Enrique Peña Nieto.⁵ En esta lucha se pueden encontrar gramáticas morales que definen las diversas maneras de existir de quienes quieren conformar un pueblo, aldea, colectivo o comunidad que defenderá el suelo que pisa. Esas gramáticas “no tienen escrúpulos de confesar el drama existencial en el que están comprometidos”.⁶

Si ponemos atención, encontraremos estas gramáticas por todos lados. En Jalisco, diversas personas las practican desde hace tiempo. Están en El Salto, Santa Cruz de las Flores, Tonalá, Poncitlán, Huentitán, Ixcátán, Huaxtla o Tala. Ahora en los pueblos de la ribera de Chapala.

PASA A LA PÁGINA 11 ►

Aves de Xochimilco. Foto: Tamara Blázquez Haik



Con el paso del tiempo, los diversos pueblos, colectivos y organizaciones en lucha se han dado cuenta que en el conflicto por la tierra y por los ámbitos de comunidad no existen instancias neutrales. En efecto, no existen árbitros si nuestra lucha es seguir en la tierra o habitar el suelo que pisamos. Tan sólo se necesita dejar de desanimar las múltiples existencias no humanas, sean lagos, bosques, cerros, ríos o animales, para desplazar de nuestro imaginario el cálculo mercantil que los industriales, inversionistas y fraccionadores tienen de éstas.

La idea de que un funcionario representa el agua, un cerro, lago o bosque y que luego autorice su “administración” o propiedad es aberrante. La tierra que pisamos nos concierne, no es asunto de quien se sitúa en *Ninguna Parte*. Es de quien toma parte para luchar por el lugar que quiere para vivir en comunidad.

Luchar por un lugar en el mundo no significa “retornar” a la “naturaleza” o devolver el “equilibrio” al medio ambiente. Eso sería imaginar un mundo sin historia como el Edén bíblico. Antes bien implica una responsabilidad política y moral. Si el suelo es lo que define las formas de hacer política, los trazos para habitar nuestros territorios comienzan con derribar los cercamientos que los acaparadores dibujaron a través de su geografía de saqueadores.⁷

Los pueblos de la ribera de Chapala llevan décadas enfrentando a los planificadores estatales, acaparadores inmobiliarios y los cercados turísticos e industriales. Han visto cómo las aguas del lago se transforman en “un recurso escaso que requiere un manejo técnico [...] en un fluido manipulado que ha perdido la capacidad de reflejar el agua de los sueños”.⁸ Ahora que han decidido defender el lago, quizás puedan revivir la memoria de esta transformación. Al hacerlo, fortalecen la voluntad con la cual han expresado el mundo en el que prefieren vivir.

Hacer nuestra su decisión pasa por pensar seriamente en prepararnos para una *intensificación no material* de la manera como vivimos.⁹ Esto no deberá entenderse como un simple reproche a nuestras patologías de zombies teleguiados, normales farmacodependientes y consumidores desbocados de energía que hacen posible la deforestación acelerada, los campos de exterminio de animales y el veneno de la agroindustria que nacen de los ensueños emprendedores de Dupont, Chevron, Nestlé, Smithfield Foods o Monsanto. Debería más bien construir una convicción práctica para seguir en la tierra, para luchar porque haya, no las delirantes “alternativas al desarrollo”, sino un mundo donde habitar lugares ■

1. Véanse los tres tomos de *Los estudios del agua en la cuenca Lerma-Chapala-Santiago*, México: Universidad de Guadalajara, 2005/2012.

2. Jean Robert, *El agua es un ámbito de comunidad*, México: Habitat International Coalition, 1994.

3. Y. C. Zarca, *La inapropiabilidad de la Tierra*, Barcelona: Gedisa, 2016.

4. Sigmar Groeneveld, Lee Hoinacki, Iván Illich y otros amigos, “Declaración de Hebenshausen sobre el suelo”, en *Biodiversidad, sustento y cultura*, 86, 2015 (traducción de Ramón Vera-Herrera).

5. Véase el trabajo de Al-Dabi Olvera Castillo, Brenda Anayatzin Ortiz y Sandra Suaste Ávila, “La lucha no tiene tiempo. Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra de Atenco”, en *Albora. Geografía de la esperanza en México*, disponible en: <https://www.albora.mx/la-lucha-no-tiene-tiempo/>

6. Bruno Latour, *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2017, p. 281.

7. Yves Lacoste, *La geografía: un arma para la guerra*, Barcelona: Anagrama, 1977.

8. Iván Illich, “La pérdida del agua de los sueños. H2O y las aguas del olvido. Reflexiones sobre la historicidad de la materia, aquello de lo que las cosas están hechas”, en *Obras completas*, Tomo II, México: Fondo de Cultura Económica, p. 393.

9. Déborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro, *¿Hay un mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*, Buenos Aires: Caja Negra, 2019, p. 179.



Pintura de Santiago Savi

NOS RESISTIMOS

Santiago Savi

- Nos resistimos a ser un objeto en tu museo
- Nos resistimos a ser tu prenda de moda y decorativa
- Nos resistimos a ser tu rostro exótico para ser vendido en televisión
- Nos resistimos a que violentes nuestra educación y nuestra lengua
- Nos resistimos a ser nombrado por tus categorías “académicas”
- Nos resistimos a ser discriminados
- Nos resistimos a ser despojados de nuestros territorios
- Nos resistimos a ser asesinados por cuidar el bosque y la tierra
- Nos resistimos a ser tu sirviente y esclavo
- Nos resistimos a ser tu folclore
- Nos resistimos a ser tu indígena
- Es la lucha de de los pueblos, de nuestros padres, abuelos y de la gente que les antecedió.
- Después de 500 años, los pueblos originarios viven y siguen en resistencia lingüística y cultural.

Mujer de la lluvia, 2020. Obra de Santiago Savi.

VIDA Y TERRITORIO EN LA DEFENSA YAQUI DEL AGUA



Aves de Xochimilco. Foto: Tamara Blázquez Haik

ÁNGELA VÁZQUEZ GONZÁLEZ ENTREVISTA INÉDITA CON RAQUEL PADILLA

En 2015 acompañé a mi padre a las celebraciones de **Semana Santa** en Vícam y Pótam, territorio Yaqui, invitado por Tomás Rojo Valencia, vocero de la tribu. Presencé la procesión de los chapayekas bajo una luna de sangre rodeada de halos de nubes y más tarde pude asistir a la danza del venado. Las primeras personas con las que entablé relación fueron los jóvenes de mi edad, con quienes compartía dudas y procesos típicos de nuestros quince años; fueron ellos quienes me platicaron lo que sucedía en su territorio y cómo se atravesaba en su adolescencia. En ese viaje tuve el honor de conocer, entre otros, a Guadalupe Olea Sombra, Gobernador Mayor de Vícam, quien me tendió sus grandes y fuertes manos en una cálida bienvenida; a Sergi Pedro Ross, director del documental *Laberinto Yo'eme*, y a Raquel Padilla, antropóloga, escritora y activista, a quien recuerdo cantando a todo pulmón corridos de la Revolución, en su coche, rumbo a Hermosillo.

Cinco años después, cursando la carrera de Antropología en la UNAM, junto con Natalia Martínez, Leonora Flores y Amariza Vera decidimos hacer un trabajo sobre la resistencia yaqui ante los megaproyectos para la materia de "Lucha, Resistencia y Descolonización de América Latina", apoyadas por el profesor Rodrigo Rubén Hernández. Como parte de la investigación entrevistamos a Raquel Padilla, siempre generosa y abierta para contribuir con sus conocimientos a las mejores causas.

Cuatro meses después Raquel fue asesinada por su pareja sentimental en un acto feminicida. Este año fueron asesinados Tomás Rojo y el defensor del territorio Luis Urbano.

Sus voces y acciones han dejado un eco profundo y una semilla de fuego que aviva la voluntad de cambiar aquello que nos parece inaceptable. Las estrategias de despojo y desterritorialización por parte del gobierno, coludido con el crimen organizado, parecen insaciables, por eso nunca está de más recordar que la lucha por la vida está de pie, acompañada por la inquebrantable fuerza de la palabra.

—¿Qué significado tiene el agua dentro de la cosmovisión Yaqui?

—Desde la visión del *yori* (no yaqui) el agua es simplemente un líquido que sirve para regar y beber, tiene un sentido principalmente funcional. El yaqui tiene una relación diferente con el agua: nace del río, nace del agua. Como muchos pueblos indígenas, relacionan su génesis y su cultura con los cuatro elementos. Para los yaquis el agua está representada por el río, no por el mar. Así como su origen es el agua, también es su destino. Dentro de los mitos yaquis hay uno que narra que cuando un yaqui muere tiene que cruzar el río en una canoa y del otro lado lo espera la otra vida. El río está en el principio y en el final de cualquier yaqui, lo que indica que está profundamente ligado a su vida. Además, el río es vital para la reproducción de la flora y la fauna nativas de la región, les permite seguir construyendo sus viviendas y realizar sus rituales, como la Fiesta de San Juan, donde llevan al río una imagen pequeña del santo, lo bautizan y se bautizan todos ellos, como una forma de renovación.

De unos años para acá el río ya no corre, ya no trae agua más que a veces, cuando caen lluvias copiosas. Ahora tienen que llevar pipas de agua a donde se realiza el ritual. Esto va provocando muchos cambios que pueden verse sobre todo en los niños. La percepción que se tiene del medio ambiente, de la relación de los santos con la naturaleza, con las deida-

des, con los animales del monte, está completamente relacionada con el agua. Cuando hablan del territorio siempre consideran el agua. Nunca ven el territorio como la tierra nada más, ven la tierra con todos sus componentes: la tierra, los pueblos, los campos de cultivo, la costa-mar, la sierra, los animales del monte, el río y ellos mismos.

—¿Qué importancia simbólica ha tenido el despojo del agua en su cultura?

—En la tribu yaqui el despojo del agua es histórico, no sólo por el Acueducto Independencia. Hay una gran huella cultural e histórica. Yo participé en el peritaje sobre el impacto cultural del Acueducto Independencia en la tribu yaqui y concluimos que, por supuesto, existe un impacto; se trata de un acabose, es el colmo de los colmos de las injusticias hídricas. Es un despojo que viene desde fines del siglo XIX, primero con canales de irrigación, y se ha llevado a cabo con el uso de la violencia por parte del ejército y con los yaquis defendiendo su río y su agua. Cuando los yaquis fueron desterrados durante el porfiriato, llegaron muchos *yoris* agricultores que se convirtieron en agrotitanes y se adueñaron del agua. Por eso en 1930, cuando se decretó la restitución de las tierras por parte del presidente Lázaro Cárdenas entre 1939 y 1940, se decidió que los yaquis tenían el derecho al 50 por ciento de las aguas de la presa La Angostura y a todos los escurrimientos (aguas brancas del río). Sin embargo, de ese 50 por ciento, la Comisión Nacional del Agua —responsable del control del agua— sólo les asigna 10, por lo que no se está cumpliendo con el mandato del presidente Lázaro Cárdenas. Luego se hizo un acueducto que va del Río Yaqui al Río Guaymas. Ese acueducto, construido cuando el gobernador priísta Mario Fabio Beltrones, es el que más provocó escasez de agua en la tribu yaqui. Muchas familias se vieron obligadas a abandonar su pueblo porque se quedaron sin agua. Luego viene el

Acueducto Independencia, que lleva agua del alto Río Yaqui a Hermosillo. Ya ni el río ni los yaquis aguantan esto. Pueden pasar muchos días sin que llegue agua y tienen que estar juntando en botes, tinacos, etcétera. Ha sido un largo proceso de despojo. Recomendando se lea el peritaje que hicimos en el INAH y que está en la revista *Rutas de campo*. [Disponible en: <https://aguaparatodos.org.mx/wp-content/uploads/Rutas-de-Campo-8.pdf>].

Para los yaquis ha sido una acumulación de agravios, y éste, sobre todo, les provocó gran malestar porque llegó en un momento que estaban fortalecidos. Curiosamente el gobierno del PAN, con todos los agravios que cometió Guillermo Padrés contra el pueblo yaqui, unió a la tribu por su descontento común y eso la fortaleció.

—¿Qué mecanismos ha utilizado el gobierno para despojar a estos pueblos tan unidos a sus tierras y a su agua?

—Las estrategias de dominación y las estrategias de resistencia son históricas. De hecho, tengo un estudio al respecto. Por supuesto está la guerra de exterminio, la persecución, separar a las familias, quitarles a los hijos, el genocidio; todo esto se dio desde el porfiriato. Los deportaban a Yucatán, Campeche y Quintana Roo. Se pensó que con la Revolución se daría curso a sus demandas, pero se les siguió haciendo guerra; se les deportó, se les siguió persiguiendo y esto duró hasta que la paz llegó con el presidente Lázaro Cárdenas. Han sido décadas.

Estas son las estrategias más visibles, pero hay otras como la cooptación de líderes, manipulándolos a través de preventas, dinero, amenazas y luego los regresan a la comunidad para que empiecen a hacer *trabajo sucio*. Aunque no sólo es de ahora, el gobierno del estado tiene a los llamados *yaquis chipilones* o los *mochalais*; se visten mejor, tienen mejor tierra e invernaderos. El gobierno busca cooptar líderes para dividir a las comunidades y es de los mecanismos de despojo más dolorosos; los yaquis usan un término para referirse a los que han pactado con el gobierno, que es *toro collori*. Esa palabra se usa en trabajos históricos, pero yo no me atrevo a usarla porque sé que esos que son considerados traidores también pueden estar luchando por su territorio. “Divide y vencerás”. Cuando adentro hay una riña interna es más difícil luchar contra lo externo. Mucha gente que mira las cosas desde afuera siente enojo con los yaquis por estas “traiciones”, pero yo propongo que tratemos de entender y veamos qué podemos hacer al respecto; primero hay que

ponerlas en relieve, ponerlas de manifiesto. Lo cierto es que las estrategias de dominación se van perfeccionando. Justo como plantea Sergi Ros en su documental *Laberinto Yo’eme*, un poco antes de que entrara el acueducto entró el “cristal” al territorio yaqui, y eso les ha ido mermando el espíritu. Con la droga se pierde la capacidad de resistencia, eso es precisamente lo que se busca. A los antropólogos nos toca informarnos sobre lo que pasa, no dirigirnos como jueces y criticar a los yaquis por caer ante estas presiones tan fuertes.

—¿Qué mecanismos de resistencia han existido y cuáles existen ahora? ¿Cuáles son sus modos de organizarse? ¿Eso ha modificado las formas cotidianas de relación?

—Tienen estrategias históricas que hasta la fecha se presentan, por ejemplo, la guerra defensiva, el pillaje, los asaltos en caminos —para quedarse con las armas de los asaltados y luego usarlas como autodefensa—, cerrar el territorio impidiendo el paso o cobrando una cuota, también en el río cuando era navegable.

También hay nuevas estrategias como el asesoramiento jurídico, están muy bien preparados en términos legales y han sabido asesorarse con abogados, lingüistas, antropólogos, historiadores, especialistas en agua y en cuencas, técnicos en agua y especialistas en redes sociales. Esto último no ha servido tanto contra el gasoducto, pues ha sido una lucha muy reservada. Que de pronto la lucha esté apagada no quiere decir que se haya resuelto. Pero contra el acueducto hicieron uso de las redes sociales, fundaron la página Solidaridad Tribu Yaqui en Facebook, que consistió en mantener el anonimato. Ya no se pueden ver los otros perfiles y en la otra ya no publican pero puedes ver la narración de su propia lucha.

Otro rasgo es la movilización social, que muestra su presencia mediante la realización de marchas, bloqueos carreteros, plantones y diversas acciones de protesta. Como respuesta se les amenaza, se les intimida, se les agrede, hay desalojos y detenciones.

—¿Qué papel tienen los factores culturales dentro de la resistencia?

—El dominio de la lengua. Siempre que pueden van a hablar entre sí con su lengua, mientras que ellos sí pueden entender al *yorí*, el *yorí* no entiende la lengua yaqui. Las fiestas religiosas. En las fiestas hay danzas y máscaras que siempre son propicias para enarbolar discursos desafiantes. Por ejemplo el *pascola*, que es el danzante que usa máscara

de lado a veces y otras de frente; la ramada está dividida en la parte prehispánica y en la parte cristiana, cuando el *pascola* baila con instrumentos europeos, que son el arpa y el violín, se pone la máscara de lado por respeto a la cristiandad, pero cuando baila en la otra parte de la ramada lo hace con el tambor y la flauta, entonces se pone la máscara de frente y eso hace que sean personajes ocultos, que desde el anonimato se les permite la disidencia, se les permite burlarse del gobierno y recuperar las historias proscritas. Siempre están hablando de la lucha territorial, de la sangre que ha corrido por defender la tierra, al patrimonio y la herencia de los antepasados. Son discursos muy contestatarios. ¿La cultura permite fortalecer la lucha? Yo creo que sí, lo he visto ahí, en la ramada.

—¿Qué está pasando ahora? ¿Qué nuevas formas existen de despojo y resistencia?

—Los ocho pueblos están muy divididos ahora por la cuestión del gasoducto, sólo uno hizo la defensa legal que es Loma de Baakum; es donde se celebra la Virgen del camino. Baakum ha sido un pueblo de profunda resistencia y en parte tiene que ver con la Virgen del camino. Pero eso no significa que los demás pueblos estuvieran de acuerdo con el gasoducto, aunque sus autoridades lo hayan avalado. La construcción del gasoducto empezó con el gobierno estatal de Padrés, del PAN, pero no avanzó tanto. Le tocó a la gobernadora Claudia Pablovich, del PRI, casi forzarlos a que aceptaran el gasoducto. Ella tiene su grupo de *yaquis chipilones*, que son los que lograron que las autoridades de los pueblos —menos de Loma de Baakum— firmaran el gasoducto. La *tropa*, es decir las familias de los pueblos, no estaban de acuerdo. En general el pueblo tiene miedo del gasoducto y no está de acuerdo, pero las autoridades lo firmaron y para cuando llegó la campaña de Andrés Manuel los yaquis estaban entrando en conflicto. Visitó territorio yaqui tres veces, y cabe destacar que nunca visitó Loma de Baakum, el único pueblo que no firmó el gasoducto. Lejos de eso, visitaba el pueblo Huiribis, donde radican los yaquis que están con la gobernadora, y se reunía con ellos. Aunque se puede decir que están cooptados, no por eso dejan de ser yaquis.

Los yaquis de Loma de Baakum hablan de la *Cuarta Traición* porque ellos votaron, estaban apoyando a Marichuy, del Congreso Nacional Indígena, y ganaron contra el gasoducto; después votaron por Andrés Manuel López Obrador y ahora están muy decepcionados y enojados, pues ven lo mismo que antes ■

Fauna de Xochimilco. Foto: Tamara Blázquez Haik



DEFENDAMOS NUESTRA RELACIÓN CON LA TIERRA

RAMÓN VERA-HERRERA

Tal vez se puso de moda el término territorio, y quizá hasta se abusa de éste queriendo sobre todo nombrar y reivindicar nuestro ámbito propio, nuestro espacio de dignidad, de sentido común, de apertura hacia el futuro. No obstante, aunque se abuse del término, su uso enfatiza la urgencia de tales reivindicaciones.

En el fondo, lo que se reivindica cuando se invocan los territorios, nuestro territorio, es la relación ancestral que la gente, las comunidades, mantienen con la tierra, con la naturaleza. Una relación que no es objetual. No es la cosa tierra, y mucho menos el objeto naturaleza lo que está en juego.

Son las vastas e intrincadas relaciones que vienen de mucho tiempo atrás y que fueron cortadas de cuajo cuando comenzó el confinamiento de los ámbitos comunes. En ese momento no sólo se expulsó a la gente de su tierra, sino que se le prohibió, con enormes castigos, incluida la muerte y la tortura, ejercer las relaciones de mutualidad y de sincronización que la gente mantenía (y mantiene) con ese entorno de subsistencia, con ese cúmulo de lazos de atención y ritmo que nos exigen detalles y sobre todo sentir o percibir, contar con un futuro abierto que permita posibilidades abiertas. Sólo así se ha podido sojuzgar, por periodos, la voluntad de los pueblos

Luis Hernández Navarro lo ha insistido al señalar que “durante muchos años la lucha agraria fue primordialmente el enfrentamiento con los ganaderos y los finqueros, que alambraban las tierras y que interponían artilugios agrarios contra ejidos y comunidades para acapararles la tierra. Hoy hay un viraje, de luchar por la tierra, a luchar por el territorio (y como tal contra las agroindustrias y los proyectos extractivos). En su conjunto las demandas de los pueblos son en defensa de su agua, del bosque, de los

llamados recursos”. También señala Luis que al entender esta ampliación de la resistencia, el movimiento campesino entró en una confluencia importante al intersectarse con los movimientos indígenas.

Tras las grandes recuperaciones de los años 70, y tras la contrarreforma del artículo 27 constitucional, tras los intentos del Procede de privatizar las tierras campesinas comunales y ejidales, que hoy siguen siendo más o menos la mitad del territorio nacional, los poderes financieros internacionales —armados de instrumentos paralegales como los tratados de libre comercio— promovieron el alquiler de las tierras y las agriculturas por contrato, las asociaciones con empresas, con tal de acaparar y privatizar los ámbitos de comunidad de pueblos y comunidades en todo el país.

Hay un paralelismo que también señala Luis entre el avance de la urbanización y los polos de desarrollo (casos clarísimos los vemos en el supuesto Tren Maya en la Península de Yucatán y el Corredor Transistmico en el Istmo de Tehuantepec) y los avances de la agroindustria y el crimen organizado. La paramilitarización del país ya no tiene que defender banderas “ideológicas” estorbosas si puede esconderse tras el sicariato, mientras avanza el acaparamiento del agua (para todos los usos posibles a la vez: refresqueras, embotelladoras, minería, armadoras de automóviles, agroindustrias con sus invernaderos), más todo el uso “sacrificial” de recibir todos los desechos tóxicos habidos y por haber de industrias de todo tipo, que se van colando a los rincones más inesperados de Puebla, Morelos, Tlaxcala, Guanajuato, Veracruz, Oaxaca y por supuesto el gran acuífero subterráneo de la Península de Yucatán.

Pedro Uc lo señaló cuando dijo que no había que ver el territorio desvinculado del agua: “en la Guerra de Castas y en la rebelión de Jacinto Canek, era instrumento de guerra y despojo contra los mayas el envenenarles el agua de sus lugares remontados para matarles o limitarles. Eso hoy se vuelve a repetir con las granjas porcícolas y los grandes hoteles, con los monocultivos de soya. Todo esto envenena el agua. Es a fin de cuentas una estrategia de contrainsurgencia para

entregarnos a las empresas de bebidas azucaradas y agua embotellada. En esa lucha por nuestro territorio, nosotros reivindicamos nuestra relación con plantas y bejucos, con árboles sagrados, con cenotes, con la lluvia y el rocío, con el granizo y con las lágrimas. Pero las empresas cambian granjas, turismo ‘verde’, tren, parques eólicos, todo el paquete mientras les entregamos el agua”. Y ahí viene entonces el complemento: “proliferan los ataques contra los defensores mientras nos quieren anular nuestra relación con el agua. Buscan desviar canales, tapan los huecos naturales, y si hay cenotes los rellenan atendiendo contra la visión y el cuidado originario”.

A principios de septiembre, en un comunicado, la Asamblea de Defensores Mayas Múuch’ Xíinbal insistió en que los proyectos para la Península “han deforestado —y lo siguen haciendo— miles de hectáreas en nuestro territorio peninsular; han saqueado —y lo siguen haciendo— los vestigios arqueológicos de nuestro pueblo, como los hallados en el trazo del tren, y ya han acumulado concesiones de agua subterránea, privatizando el vital líquido indispensable para la vida humana y la agricultura en las comunidades mayas. Estos megaproyectos contaminan la tierra, el agua, el aire y los alimentos que todos consumimos. La calidad de vida está en declive y el futuro de muchas generaciones está en riesgo. La cultura maya que nos da identidad, sentido y dignidad está en riesgo, así como la vida de los defensores de los derechos humanos de los pueblos indígenas: más de 60 defensores de la tierra, los ríos, el agua, las semillas y el territorio en México han sido asesinados o desaparecidos en los últimos tres años”, correspondientes a la nueva administración.

El comunicado es importante también porque enfatiza un elemento muy preocupante: el tono agresivo y provocador del titular del Fondo Nacional de Fomento al Turismo, Rogelio Jiménez Pons, que acusa a la asamblea de ser un “grupo de ultraderecha” y de querer “joder” al presidente.

Estas declaraciones de Jiménez Pons no auguran nada bueno. Pese a las reiteradas presunciones de que en este gobierno se respetan los derechos humanos, y hasta de mentirosos tildan a quien se atreve a contradecirles, el alegato peleonero de Jiménez Pons abre la puerta, por decir lo menos, para que los oscuros sicariatos se sientan convocados a recrudecer las condiciones en diversas regiones del país buscando provocar. El clima es de enfrentamiento, asesinatos y desapariciones; se perpetra hostigamiento e infiltraciones en una reunión del Congreso Nacional Indígena; se reprime salvajemente con la punta del pie, garrotazos y golpes de escudos, jalones y arrastrones a las y los integrantes de una caravana de migrantes procedentes de Centro América, Haití y varias regiones de África por haber tenido que huir de las extrema condiciones de inviabilidad y violencia, por haber sido expulsados también de su relación con su tierra y la naturaleza; se asesinó a Rodrigo Morales ahora en 2021 y siguen desapareciendo defensores y defensoras en Morelos, gente que lucha por el cierre del basurero de Milpillan y contra el “relleno sanitario” en Loma de Mejía, lo que se suma al asesinato de Samir Flores, de Amilcingo, en 2019 y de Isaac Medardo Herrera Avilés, de Jiutepec, en 2020.

Las oscuras fuerzas buscan, en todos los casos, romper la relación que la gente mantiene con su territorio, que en el fondo es una de las cuestiones fundamentales a cuidar: la relación de las comunidades con su tierra, con sus ámbitos de comunidad, con sus propias sincronías y búsquedas.

Si esto no se entiende, el gobierno camina a un despeñadero que no parece tener contemplado.

Sólo con transparencia y claridad podremos salir al paso de estas oscuras fuerzas provocadoras ■

Xochimilco. Foto: Tamara Blázquez Haik



LAS AVES DE XOCHIMILCO

SIN NATURALEZA ESTA CIUDAD NO TIENE FUTURO

TAMARA BLÁZQUEZ HAIK

El Área Natural Protegida (ANP) Ejidos de Xochimilco y San Gregorio Atlapulco se localiza en la porción centro y norte de la alcaldía Xochimilco, al sur-oriental de la Ciudad de México. Es conocida como una zona de recreación, famosa por sus paseos en trajinera y como un buen lugar para el paseo dominical en familia o con amigos.

Lo que muy pocos saben es que Xochimilco es una zona lacustre remanente de los grandes lagos que alguna vez cubrieron la Cuenca de México y que a través de los años se ha visto amenazado por la creciente urbanización, desecación de canales, contaminación y otros problemas ambientales que poco a poco presionan para desaparecer esta área natural protegida, sitio RAMSAR¹ y Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. También es un importante refugio para la biodiversidad urbana, en especial para las aves migratorias.

Actualmente, una de las mayores amenazas al ANP es la construcción de un puente vehicular sobre un ancho camellón que ayudaba con la regulación del clima, como regulador hídrico y como paso de fauna para el cruce de las especies, incluidas las aves, del norte al sur del área y viceversa.

En el ANP Ejidos de Xochimilco y San Gregorio Atlapulco se tienen registradas alrededor de 193 especies distintas de aves, tanto residentes como migratorias², haciendo de esta ANP un importante espacio para la conservación de la avifauna capitalina. La zona lacustre recibe cada año cientos de especies migratorias, que huyen del crudo invierno del norte de Estados Unidos y Canadá para refugiarse en nuestra ciudad durante esta época.

En estos meses, la zona de humedales se vuelve todo un espectáculo con especies como la garza morena, el águila pescadora, pelícanos blancos americanos, entre otras.

Los pelícanos blancos son quizá la especie migratoria invernal más carismática que podemos observar descansando por los canales y grandes cuerpos de agua, ya sea en el parque ecológico o por toda la zona chinampera, siendo la especie más atractiva para los observadores de aves entusiastas que se adentran en el humedal con el único propósito de verlos y fotografiarlos.

Pero no sólo son los pelícanos, están también las garzas morena y tricolor, las gallaretas y gallinetas, los zambullidores, chorlitos, monjitas americanas y demás aves playeras alimentándose en las zonas de fango, siempre elegantes con sus largas patas y picos, y claro, los tradicionales patos. Sin olvidarnos también de las aves rapaces como el águila pescadora, el aguililla alas anchas, el gavilán de Cooper, la aguililla cola roja y hasta los zopilotes que no sólo se alimentan de peces, sino de otras aves y animales, ayudando a mantener en balance a este único ecosistema.

Todas estas especies coexisten en Xochimilco, unidas por los mismos elementos: el agua y el humedal. Sin embargo, el humedal ha comenzado a secarse y las aves poco a poco se van yendo en busca de mejores refugios. Cuentan los pobladores que hace apenas unos quince años se lograban ver grupos de más de cien pelícanos adornando los canales, ahora los grupos que llegan son más pequeños debido precisamente a que cada vez hay menos agua.

Obras como el puente vehicular exacerban la desecación de los canales y la zona chinampera y crean un efecto barrera que impide a las especies desplazarse libremente entre la



Pelícanos en Xochimilco. Foto: Tamara Blázquez Haik

parte norte y sur del ANP, afectando así sus posibilidades de encontrar alimento, nuevos cuerpos de agua limpia y fresca, además de reducir sus oportunidades de encontrar pareja poniendo en riesgo el proceso de reproducción de varias especies.

Aunque sabemos que las aves pueden volar, la altura de un puente donde antes había un pedazo de humedal, el cual las aves tenían memorizado como un espacio de cruce seguro, aunado al ruido de las obras y posteriormente de los autos que lo transitarán, así como la contaminación generada por esto, las ahuyenta y desincentiva a intentar volar sobre la estructura por miedo al peligro.

SI LA URBANIZACIÓN Y FRAGMENTACIÓN DE XOCHIMILCO CONTINÚA, NO HABRÁ PIEDAD PARA LA PARTE DE LA ZONA LACUSTRE QUE AÚN SOBREVIVE TANTO EN ESTA ÁREA COMO EN TLÁHUAC, LA CUAL TAMBIÉN SERÍA DEVASTADA A LARGO PLAZO

Recordemos también que por años Xochimilco ha estado a la merced de la especulación inmobiliaria, siempre presente mientras busca espacios para construir grandes edificios o centros comerciales. Las infraestructuras vehiculares ayudan a que sea más fácil para la industria inmobiliaria despojar a los pobladores de sus tierras e invadir las áreas naturales, sin ayudar en realidad a solucionar los problemas de movilidad por los cuales supuestamente son creados. Así que el problema de falta de agua, contaminación y basura seguirá creciendo en conjunto con estas obras mientras las aves siguen siendo también desplazadas de su hábitat.

Si la urbanización y fragmentación de Xochimilco continúa, no habrá piedad para la parte de la zona lacustre que aún sobrevive tanto en esta área como en Tláhuac, la cual también sería devastada a largo plazo. Es momento de que paremos un segundo y observemos el daño que le estamos ocasionando a la Ciudad de México, que atraviesa la peor sequía en 30 años por las malas políticas de urbanización y malas planeaciones que han deforestado sin control los ecosistemas en la cuenca, afectando así las reservas hídricas y a toda la biodiversidad.

La zona lacustre y de humedales, tanto en Xochimilco como en Tláhuac, es nuestra mejor aliada contra el cambio climático en la Ciudad de México y la estamos destruyendo. Quienes habitamos aquí muy pronto nos veremos obligados a migrar como las aves que tantos de nosotros amamos, sólo que esta vez no estaremos huyendo de un crudo invierno, sino de un caluroso y seco infierno.

Sin naturaleza esta ciudad no tiene futuro ■

1. <https://www.ramsar.org/es/sitios-paises/los-humedales-de-importancia-internacional>
2. <https://www.paot.org.mx/centro/gaceta/2006/enero06/11enero06.pdf>



Protesta de pobladores de Xochimilco contra la destrucción de humedales, 2021. Foto: Tamara Blázquez Haik

PARA SALVAR A XOCHIMILCO

COORDINACIÓN DE PUEBLOS, BARRIOS ORIGINARIOS Y COLONIAS DE XOCHIMILCO

Xochimilco, palabra náhuatl que significa **Sementera de Flores**. A las orillas de lo que hoy se llama Ciudad de México se mantuvo durante muchos años a salvo del urbanismo. Durante más de cien años ha proporcionado agua a la Ciudad de México; así, los manantiales, canales y ojos de agua se fueron secando poco a poco. Esta tierra, que aún provee de alimentos a la ciudad mediante el sistema de agricultura único en el mundo llamado chinampa y que por ello ha sido nombrada Patrimonio Mundial de la Humanidad, ha llamado la atención de políticos de todos los colores que ven el suelo de conservación como botín político para “hacer el favor” a asentamientos ilegales, que lo agradecerán mediante el voto, a constructoras y cadenas comerciales, que mediante esa triple alianza logran burlar las leyes y acabar con Xochimilco, hasta que el único líquido que nos quede a los xochimilcos sean nuestras lágrimas.

También han venido cineastas con hipócrita discurso a colocar sets de filmación dañando la zona chinampera, dizque para recordar la invasión de los españoles a nuestro país, pero vuelven a cometer el abuso y la ofensa de hace 500 años y dejan su basura y dividen a la población con sus espejitos de oro.

Muchos pero aislados han sido los esfuerzos de diferentes colectivos por rescatar Xochimilco desde hace por lo menos 20 años, atendiendo a lo que los académicos honestos señalan y al paisaje que vieron los ojos de los abuelos y los nuestros y que ya no verán las siguientes generaciones.

La Coordinación de Pueblos, Barrios Originarios y Colonias de Xochimilco es un grupo de personas que ha realizado diversas actividades para evitar que tanto la zona chinampe-

ra como la zona cerril y la organización vecinal de pueblos y barrios originarios de Xochimilco siga siendo devorada por los intereses capitalistas y partidistas.

El trabajo se organiza con vecinos comprometidos con la comunidad y el ambiente; muchos de ellos son autoridades tradicionales, sin compromisos partidistas; jóvenes y ancianos, artistas, agricultores, amas de casa, obreros, académicos, comerciantes, etcétera.

Los integrantes de los diferentes pueblos, barrios o colonias en reuniones comentan sobre la problemática que aqueja a su comunidad y de manera horizontal se argumentan, proponen acciones y se aportan conocimientos y experiencias para tratar de dar soluciones.

La más reciente y vigente lucha que lleva a cabo es por la defensa del último humedal que queda en la Ciudad de México: Xochimilco, el cual forma parte del Patrimonio Mundial de la Humanidad, sitio RAMSAR, área de valor ambiental, patrimonio arqueológico y sitio sagrado según la cultura Xochimilca.

Ninguno de estos títulos otorgados —algunos a nivel internacional— ni las leyes han servido de freno a este ecocidio a manos de Claudia Sheinbaum, Jefa de Gobierno de la CDMX, que tal vez confunda el término de “Jefa” con “Dueña”, ya que con el fuero en la mano decide secar y rellenar el humedal para sustituirlo por un puente vehicular cuya única función sería la de pasar un congestionamiento de una calle a otra. A cambio se han derribado casi 700 árboles, y de día y de noche tiene máquinas trabajando para sacar el agua, acabar con todas las vidas que alberga ese pequeño ecosistema (animales y plantas endémicos y algunos en peligro de extinción) y de paso dañar el futuro socio-ambiental de toda la ciudad. Su cómplice es la doctora Marina Robles, Secretaria de Medio Ambiente, ambas con deslumbrantes títulos en Ciencias Ambientales. Noso-

tros nos preguntamos: ¿en qué escuela les enseñaron esas prácticas ecocidas?

Además de la Coordinación de Pueblos, Barrios Originarios y Colonias de Xochimilco, otros colectivos de ciclistas, chinamperos, feministas y pueblos originarios de varias alcaldías se han hermanado con nuestra lucha, ya que enfrentamos problemas comunes de despojo de territorio, falta de agua, intervención de los partidos en la vida comunitaria para romper el tejido social, discriminación, saqueo de recursos naturales, etcétera.

Ante esas injusticias y sed de urbanización seguiremos fortaleciendo la organización entre los diferentes pueblos, alcaldías, estados, municipios y colectivos afines.

Se han presentado algunos amparos ante este megaproyecto que no viene solo, sino que trae escondido a otros proyectos de urbanización, pues se les antoja acabar con cada pedacito verde para ponerle cemento y engañan a la gente con un discurso de “desarrollo” empleando todo el poder del Estado, al que le pagamos con nuestros impuestos.

Se han dictado dos suspensiones temporales que ha violado la Jefa de Gobierno, pues las obras nunca se han detenido, al contrario, hasta se apura.

Ya el INAH ha manifestado su inconformidad con dicha obra y de igual manera lo han hecho el Comité de Humedales y la Manifestación de Impacto Ambiental que señala los efectos devastadores que este ecocidio acarrearán.

En cuanto a vialidad tampoco se soluciona el problema pasando automóviles de un congestionamiento a otro, además de que sólo el 25 por ciento de la población cuenta con ese bien mueble y Xochimilco es de las alcaldías que menos lo poseen.

Manifestamos nuestro más contundente rechazo a la agresión que se hace a todos los pueblos por parte de los grandes capitales y sus aliados, además de que les extendemos nuestras manos llenas de flores y de solidaridad de hermanos ■

EL AXOLOTE EN XOCHIMILCO

Y EL OCASO DE UNA DEIDAD MESOAMERICANA

ELÍ GARCÍA-PADILLA

"Hay unos animalejos en el agua que se llaman axólotl, (que) tienen la cola como lagartillas y como anguila, y el cuerpo también; tienen muy ancha la boca y barbas en el pescuezo. Es muy bueno de comer; es comida de los señores".

Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Lib. XI, cap. III.

Xochimilco: en el campo de las flores. Lugar que vio florecer culturas primigenias mesoamericanas, y que actualmente se encuentra seriamente amenazado por el "progreso" y "desarrollo". Es hogar de una especie de anfibio deificada por las culturas originarias: el Axolote mexicano (*Ambystoma mexicanum*).

El Axolote toma su nombre —en relación a la cosmovisión mesoamericana— en torno a la deidad conocida como Xólotl. Según la tradición oral, Xólotl es el dios del ocaso, de

los espíritus, de los gemelos y del Venus vespertino, el cual ayudaba a los muertos en su viaje al Mictlán (lugar de los muertos), señor de la estrella de la tarde (Venus) y del inframundo.

Se trata de una especie de vertebrado perteneciente a la clase Amphibia (ambas vidas), lo que implica que una parte de su ciclo de vida ocurre en el ambiente acuático y otra en el ámbito terrestre. Una de las particularidades más interesantes de estos fascinantes y vulnerables seres vivos —además de su condición de su respiración branquial, pulmonar y cutánea— es la capacidad que tienen de regenerar sus miembros. Razón por la cual es uno de los grupos de especies cuasi endémico de México y que es estudiado a nivel de laboratorios de investigación científica en todo el mundo. Lamentablemente se sabe que existen muchísimos más ejemplares de esta especie (*Ambystoma mexicanum*) en condiciones de cautiverio que en el medio silvestre que es su hábitat natural en el Valle de México y en particular en los ecosistemas lacustres de Xochimilco.

El último censo poblacional en Xochimilco para conocer el estatus de conservación de esta especie se llevó a cabo por el Instituto de Biología de la UNAM (IBUNAM) y los resultados fueron abrumadoramente desoladores: se estima que

en 2004 había mil axolotes por kilómetro cuadrado; en 2008 el número bajó a cien, y en 2014 había sólo 36.

Algunas de las razones centrales del declive de esta especie y su población silvestre son las enfermedades emergentes como el hongo quitridio, el cambio climático, la contaminación por aguas residuales, la introducción de especies exóticas-invasoras, así como la pérdida y transformación de su hábitat natural lacustre.

Al presente, el Gobierno de la Ciudad de México encabezado por Claudia Sheinbaum ha anunciado que el Canal de Cuernavaca se construirá encima del sistema lacustre de Xochimilco, lo cual representará la estocada final a este ecosistema que en el papel está protegido por ser Sitio RAMSAR, refugio de cientos de especies de fauna y flora nativos y endémicos del Valle de México. Afirmando categóricamente que este desarrollo de infraestructura representará un ecocidio que destruirá de manera permanente el hábitat natural de una especie tan relevante e importante desde la perspectiva histórica, simbólica, ecológica y cultural como lo es el Axolote mexicano, así como de toda la biodiversidad asociada, y el hábitat que en común comparten con el ser humano. En tiempos de crisis civilizatoria y sexta extinción masiva de las especies, decimos todos: ¡la batalla es por la vida! ■

Ajolote en Xochimilco. Foto: Tamara Blázquez Haik



HIJO DEL METATE

JUVENTINO SANTIAGO JIMÉNEZ

La mayoría de la gente en El Duraznal creía que el primero de agosto de cada año llegaba a sus casas uno de tantos dioses del mundo mixe, y para hacerle saber que lo estaban esperando, preparaban tamales de amarillo o de frijol envueltos en yerba santa o un delicioso machucado. Pero mi mamá no hacía nada porque no tenía suficiente maíz y lo poco que había era para alimentar a sus nueve hijos. Entonces, era imposible darle de comer a alguien más y por el hecho de no seguir ni cumplir con la tradición heredada de los abuelos, ella sabía que habría consecuencias, y transcurría ya la primera semana de agosto de 1984. Luego sucedió que cada vez que mi mamá molía nixtamal en las mañanas o en las tardes desaparecía una buena porción de masa y esto pasaba porque ella no había esperado con comida al Dios del Maíz. Una manera de castigar era que él comía masa todos los días y al compás del movimiento del hijo del metate, porque estaba escondido debajo del metate. Muy pronto quedó vacía la casa del maíz, y a finales de ese mes me inscribieron en el internado de Cuatro Palos, Tamazulápam mixe, para estudiar el cuarto grado. La primera noche que me quedé en el albergue llovió mucho y al día siguiente las cocineras dijeron que fuera a recolectar hongos.

Llevaba puesto un par de huaraches e intentaba esconder mis manos debajo de un gabán negro que me había regalado mi tía Irene. También sentía mis cachetes como si estuviesen quemados, y después de almorzar guisados de hongos, subí a la escuela y dentro del aula había que respetar varias reglas. Una de ellas era la más difícil de cumplir porque se trataba de hablar en español y si algún alumno tuviera ganas de hacer sus necesidades fisiológicas, tenía que decirle al profesor Emiliano: “¿Me da permiso para ir al baño?”. Y como yo no podía comunicarme en esta lengua, pues me oriné en mi pantalón. Justo en aquel incidente anunciaron que ya había terminado la jornada escolar y salí

corriendo rumbo al albergue. Me quité el pantalón mojado y lo escondí debajo de la cama donde pasaba las noches más tristes porque extrañaba a mi mamá. Enseguida, otro niño llegó corriendo detrás de mí y les dijo a mis compañeros del dormitorio que yo me había orinado en el salón de clases. Ellos reían. Luego, fui a un ojo de agua a lavar el pantalón y a bañarme. De regreso, comí. En el internado nadie me quería porque mis compañeros se burlaban de mí por no hablar en español y las cocineras me obligaban a tomar leche y a comer queso. El director constantemente me amenazaba con expulsarme porque me escapaba en días hábiles para ir a ver a mi mamá.

Horas después, bajé a Linda Vista a traer víveres y llevaba amarrado un mecapal en la cintura. Allí esperaban algunos integrantes del Comité de Padres de Familia y ellos decidían qué cosas tenía que cargar. Apparently no era mucho lo que llevaba en mi espalda, pero conforme iba subiendo, la carga pesaba más y más. Así que descansé un momento y más arriba se reventó una de las correas del huarache. Al día siguiente bajé a El Duraznal porque ya era fin de semana y un domingo de madrugada salimos caminando rumbo a Tamazulápam y de allí a la plaza en Ayutla. Llegamos y almorzamos tortilla embarrada de frijol y morcilla de res. Enseguida, entramos al mercado donde exhibían un montón de huaraches de correa roja y negra. Regresamos después del mediodía a Tamazulápam y descansamos unos minutos en la casa de uno de mis tíos porque me lastimaban muchísimo las correas nuevas. Luego mi mamá bajó al basurero del pueblo a buscar algunas cosas que aún podríamos usar y caminamos otras cinco horas rumbo a El Duraznal. Mientras tomábamos café a un lado de la fogata en la casa, mi mamá comenzó a contar que a los siete años de edad había caminado descalzo desde El Duraznal hasta Jaltepec de Candayoc.

Sesenta años después viajaría nuevamente a aquel pueblo, pero esta vez no iría a pie sino en carro y la ruta sería de Xoxocotlán a Tuxtepec y de allí a María Lombardo

hasta llegar a su destino. Aún era de madrugada cuando tomamos un colectivo rumbo a la terminal Los Chiguanos en Oaxaca y las montañas habían quedado atrás porque a las once de la mañana llegamos a Valle Nacional. Mientras almorzábamos una torta, le comenté a mi mamá que en ese lugar vivían personas que hablaban el chinanteco y que también había curanderos. Entonces, ella recordó a una señora de El Duraznal que se escapaba después de la media noche y justo cuando su esposo estaba profundamente dormido. Ella se reunía con otros dos hombres en la cima de un cerro. Allí daban piruetas en tres ocasiones para desprenderse de sus cabezas y luego los escondían al pie de un árbol. Ya sin cabezas se convertían en seres nocturnos y desde aquel lugar podían ver a las personas enfermas. Enseguida, volaban hacia las casas de ellos para saber con exactitud el día en que morirían. Ya de madrugada volvían al cerro para colocarse sus cabezas, pero la última vez que ella escapó, su esposo la espía hasta el cerro donde se reunían y allí vio con sus propios ojos todo lo que hacían. Mientras seguían con su rutina, el esposo aprovechó para rodar la cabeza de ella entre la maleza y cuando regresó no estaba su cabeza donde lo había dejado. Entonces, comenzó a buscar y finalmente la encontró. Días después murió.

Todavía se sentía bastante calor cuando llegamos a la región el Bajo Mixe y nos quedamos en la casa de Juan. Pero desde el momento en que ella pisó estas tierras, le salieron dos gotas de lágrimas porque anhelaba regresar a El Duraznal y aunque allá ya no tenía nada porque la parcela que alguna vez suya ya había pasado a manos de sus compadres. Los mismos que habían matado a su esposo y la casa que habían tardado en construir más de un año también agonizaba lentamente porque el techado de zacate ya estaba podrido. Las varas atravesadas en los muros de piedra y lodo se asomaban y tal vez querían volver a ser árbol. A pesar de estas circunstancias, mi mamá quería volver ■

JUVENTINO SANTIAGO JIMÉNEZ, narrador ayuuk de Oaxaca.

Don Popeye el panadero, La Merced, CDMX. Foto: Mario Olarte





Pulquería Los Chupamirtos, La Merced, CDDMX. Fotos: Mario Olarte

PULQUERÍAS

Rafael Torres Sánchez

Alzan temprano la cortina Los aqueos
que El naufragio de los siglos arrojó
a una playa caliza, evocando
sus proezas en esbeltas cursivas.

Hechura de serpientes y escaleras,
faros alejandrinos que iluminan
la singladura de los bebedores
que atracan en la barra percutida.

Los días suman calles y avenidas
desterrando El caballo de Troya
a las orillas, donde relincha el hambre
montada por la sed en la penumbra

de Las tardes alegres y La triste alegría,
inoculadas por la lepra que el armadillo
de la extinción disemina al escupir,
dolosa lengua ígnea de colérico cura.

¿Qué será, cuando cierre la última,
de los graves problemas que en ellas
se ventilan a fin de mantener la vertical
de tan incomprensible halterofilia?

Algún punto de acuerdo han de alcanzar
las mancuernas y la filosofía con tal
de distraer al animal y a la sotana negra
como la bilis que a libar las empuja.

Alguna coincidencia debe haber entre
el punto final y la primera letra para que
se sostenga un poco más esa caligrafía
inigualable como la sin igual nomenclatura.

RAFAEL TORRES SÁNCHEZ (Culiacán, 1953), poeta e historiador, entre otros libros ha publicado *Fragmentario*, *Ejercicios en el cementerio* y *Balzac para historiadores*.

EL DIA MENOS PENSADO...

I HELLA LOVE OAKLAND

LAMBERTO ROQUE HERNANDEZ

Los indigentes cagan y se orinan en frente de murales que en su momento fueron inspiraciones para las comunidades diversas de la ciudad. Los indigentes viven bajo los puentes. Lugares decorados con murales pintados por artistas locales. Velan sus sueños, miran sus desgracias los personajes pintados en las paredes. Los indigentes los orinan a diestra y siniestra. Han tomado esos sitios para instalarse por tiempo indefinido. Sus casas están construidas de lo que sea. Fierros herrumbrosos. Plásticos, maderas, cartones y lonas. Todo viejo y empolvado. Los que en su momento tuvieron suerte se hicieron de una carpa de acampar o uno que otro duerme en alguna casa móvil. Muchos tienen mascotas, perros en su mayoría, así como hacen los indigentes en muchas partes del mundo. También hablan con ellos.

Los indigentes son en su mayoría negros. Hombres y mujeres. ¿En qué momento se les quebró la vida? Muchos se quedaron en la calle cuando no pudieron pagar las altas rentas de sus apartamentos o casas que en otros tiempos vibraban con su presencia. Retumbaba sus risas. Reinaba su música. Llegaron los yuppies y se quedaron con sus cribs,

como les dicen de manera coloquial. Mal paridos de la gentrificación.

Otros ya estaban en la calle y debajo de los puentes desde siempre. Alcohólicos. Pinchados. Persiguiendo al *role model* que nunca tuvieron en su vida. La felicidad, y la seguridad que da la comodidad de tener lo necesario para crecer sano. La ausencia del padre. El no tener madre. Pero aquí están, abandonados a su suerte en el país supuestamente *más rico y guardián del mundo*. La ironía en su máximo esplendor opacando aún más las calles de los barrios pobres de Oakland.

Algunos hablan solos, con fantasmas que aparecen en sus visiones causadas por el alcohol barato que circula por sus venas agujeradas. Otros deambulan en los alrededores en busca de lo que sea. Comida. Botellas vacías. Cigarrillos. Otros, en los entornos del lago Merritt mendigan lo que la gente bonita que camina o se ejercita quiera darles. Se empuñan de repente porque se sienten ignorados, y tienen razón. Lanzan maldiciones. *What are you looking at? You motherfucker... piece' a shit... fuck!*

Están olvidados. Muchos de ellos siempre han vivido así. Desde que fueron niños. En familias desquebrajadas por las manías de la vida. En las escuelas en donde los marginaban. En los trabajos por ser negros. En la historia de este

país que está llena de crueldad, competencia, racismo y discriminación. Víctimas de la pobreza que corroe por dentro al primer mundo. El de ellos de tercera.

Encima de todo esto, la pandemia.

Algunos cantan y una que otra voz está intacta. En sus tiempos fueron alguien importante. Cantantes que abusaron de los placeres de la noche. Y se pasaron de largo líneas en un sinfín de madrugadas bohemias. Otros bailan y se humillan haciendo maromas y teatro para que se les dé algo. Unas apuestan sus caderas a lo poco o mucho que les puedan dar. Para un *joint*, para una *forty*, y así soportar la interminable jornada de estar a la intemperie de la vida.

Otros sólo extienden la mano.

Antes de que oscurezca, los olvidados, algunos de ellos empujando sus carritos de súper mercado y seguidos por sus perros, se van en busca de un *shelter* para poder pernoctar. Otros se dirigen a sus refugios desechables mal contruidos debajo de los puentes. Llegan a la oscuridad de sus viviendas. Caen en un vacío brutal. Y ahí inician su renacimiento al siguiente día, cuando los ruidos de los autos los despertarán para reiniciar su realidad catastrófica.

Mientras, los que aún van y vienen a sus trabajos, a sus familias y a sus hogares, pasan sin verlos. O sólo pretendiendo.

Da miedo de estar de ese lado de la calle el día menos pensado ■

Calle de Santo Tomás, barrio de La Merced, CDMX. Foto: Mario Olarte





Se acabó la venta. La Romita, CDMX. Foto: Mario Olarte

NARCONOVELA EN TIERRA CHAMULA

La ira de los murciélagos,

Mikel Ruiz,
Ediciones Camelot,
México, 2021

¿Es literatura indígena este libro de Mikel Ruiz, hablante de tsotsil, que antes ha escrito en su lengua y ahora lo hace solamente en español? Hemos auspiciado y promovido una literatura, llamada indígena, con un solo rostro que resulta completamente predecible, folclorizante, endogámica, a modo para el consumo no de los propios hablantes, sino de congéneres, activistas y jurados, encajonada a la imposibilidad de individualizar la temática y condenada a ser juzgada política, no literariamente; que no tolera la crítica y utiliza una situación histórica —innegable y terrible— como chantaje plañidero para ocupar un sitio propio en el anaquel de los libros mexicanos.

Si bien esta literatura se vierte mayoritariamente en poesía, también hay otros géneros; la novela es uno de los menos concurridos. El acompañamiento musical de este libro no es el bolonchón sino el narcocorrido; su referente visual no son las cruces del cementerio a la entrada de Chamula, tan fotografiadas, sino las modernas casas de dos pisos con elevador de los alrededores; su referente ideológico no es el zapatismo, sino el más decadente de los capitalismos tardíos y el tráfico de drogas; su paisaje no es la montaña, sino el despeñadero; su reclamo no es la asamblea comunitaria, sino la obediencia ciega; su lengua no es la del curandero en la iglesia, sino la del escritor de amplia cultura cosmopolita que, en la novela, narra sus desventuras.

Aquí no se añora la comunalidad, la costumbre ni la tradición; los personajes no hablan a nombre de nadie ni representan a ninguno. Las bandas luchan a muerte —literalmente— por la presidencia municipal; y no por el prestigio y el estatus que traen aparejados, sino por la impunidad y la legitimación de la violencia que permitirá a los candidatos. En este libro no se habla ni de pobreza, ni

de héroes de la resistencia: trata de la lucha interna donde el enemigo no es ni el mestizo, ni el cacique, ni el hacendado, sino otro chamula. El que los visitantes reconocemos en el expulsador, el del partido oficial, el que cobra por entrar al templo, por fotografiar la plaza; el que pone el sombrero con listones al político; el que viste chuj y rolex, la que usa enredo y cocaína, el que cumple mayordomías y ametralla al adversario.

Este libro no trata de la identidad étnica, la injusticia del sistema, las estrategias decolonizadoras, los movimientos sociales, la sumisión o la liberación. Ya no hay que bajarse de la banqueta cuando pasa el auténtico coleteo —el caxlán que aparece en la novela es mediador y sumiso seguidor de Ponciano Pukuj— y lo lleva por el centro de las carreteras en camionetas blindadas. No hay héroes en esta novela, no hay buenos ni malos, sólo sobrevivientes y cadáveres.

Y también está, de manera esencial, lo que sí es este libro: una novela escrita con tal facilidad que se olvidan prontísimo las palabras para deslizarse rápidamente por una trama fluida, una historia bien armada, tan cruel como grotesca; farsa exagerada de una realidad de suyo pantagruélica y donde no hay buenas intenciones, redentores ni final feliz. Ni siquiera el escritor se salva —el que aparece en la novela, no el autor— quien por fin cede, mata, obedece, teme, traiciona. Con suerte logrará escapar y seguir con sus cultas y cosmopolitas elucubraciones. Lo que cae, ante este retrato despiadado de Chamula, es la idea del antropólogo, el activista o el escritor en lenguas: el buen salvaje agraviado y ofendido, víctima mayestática que tolera y resiste.

Aquí, los indígenas de ambos bandos luchan por las Arutas del trasiego de drogas y personas. Esta narconovela es más cercana a Élmer Mendoza que a Miguel León Portilla. A través del retrato de la violencia, Mikel Ruiz hace una crítica feroz de una faceta de nuestro país que rara vez se encarna: violenta, sanguinaria, arbitraria y cercana, fortuita y arbitraria. El libro se sitúa en Chiapas, en un entorno indígena: podría suceder en Sonora, Chihuahua, Nayarit

o Jalisco entre seris, mayos, yaquis, tepehuanos, tarahumaras, huicholes o coras. No se trata de comunidades en lucha por la dignidad o la justicia, sino de individuos que cobran venganza y luchan por el poder y el territorio con una ferocidad inusitada. Y es indígena porque también hay memoria y tradición oral de violencia en las comunidades, ahora revestidas de ropajes externos perfectamente apropiados y naturalizados.

Y está escrita en español, solamente, sin traducción, puesto que no pretende ganar concursos ni demostrar pertenencia, adscripción o fidelidad alguna. Se sostiene en su propia trama y voz; tras los chujs y los enredos se esconden la insumisión femenina y las armas de alto poder. El horror no se disfraza, pero sí se aligera con el humor macabro, el dibujo fino de los personajes, la lengua vertiginosa donde vemos cómo el murciélago, *sots'*, se convierte en vampiro. La historia se resume en un símbolo: la sustitución de la escultura del héroe local, El Pajarito, que antes estaba en la plaza, por la del hijo de Juan Pérez Jolote —el hijo del baluarte de la literatura indigenista— que el jefe se la ha llevado a su jardín y ha cambiado la vara de mando de la escultura por una AK-47.

Éste es un buen libro de literatura —sin el adjetivo o apellido de indígena. La trama se despliega en Chamula: sede del primer Centro Indigenista, el de las velas y los rezos, de las cruces y las fiestas. Aunque el contexto y el escritor lo sean de allí, aquí apuesta por desprenderse de la carga emblemática y hacer literatura, a secas, sobre estos hombres murciélago, iracundos y terribles. Ojalá y abra una puerta para escapar del arquetipo aprisionante, impuesto y autoimpuesto por un imaginario sobre lo que es y lo que no es indígena.

El mérito principal de este libro es servir de espejo a otra indianidad, menos fotogénica, nada romántica ni folk, donde la típica Madre Tierra es más bien la Abuela Canibal de los mitos: se nutre de la sangre de sus nietos. Y los muertos no son los que visitan el altar con cempasúchil, sino los que el Matapollos disuelve en ácido ■



Kuêra. Collage de Moira Tupinambá

KUÊRA: COLLAGE DE MOARA TUPINAMBÁ

Anna Azevedo escribe que la artista paraense Moara Tupinambá “busca la inspiración de los pueblos nativos de América. Descendiendo de los cucuraná y tupinambá, sus collages son también una herramienta de activismo. Con el conjunto *Mirasawá* (pueblo, en lengua nheengatu), Tupinambá debutó en la técnica de sumar y mezclar imágenes. Capas de estrellas, planetas, lunas, hojas, flores y pinturas colaboran para resignificar a las mujeres indígenas, transformándolas en personajes con un aura mítica. ‘Uso el collage para conectarme con mis parientes. Como nunca tuve un álbum familiar de mis ancestros, el arte me ayuda a crear esta conexión’. La obra de Tupinambá se expone en *Resurgences of Amazonia!* (Resurgimientos de la Amazonía) en el Kunstraum en Innsbruck, Austria. (*Contemporary & América Latina*, agosto, 2021) ■

ARRAIGO Y DESARRAIGO EN ARRIAGA, CHIAPAS

Apocos metros de la vía férrea donde incian su travesía sobre La Bestia muchos de los tristes viajeros centroamericanos en pos del Norte, hojas que el viento alevató, en una callecita perpendicular al tren una casa derruida carga un gran árbol que se las arregló para sobrevivir todos sus años, con el tronco sensual y doble y sugerente en las alturas. La raíz al aire en caída libre y necesaria abraza el muro buscando el suelo, que no se le escapa.

En 2021 parecen más ilegales que nunca. A partir de Tapachula, México se ha convertido en el muro más vasto del mundo: todo el territorio nacional es una valla contra haitianos y centroamericanos que huyen de la devastación de sus países y buscan llegar a la “tierra prometida” de la nación causante de sus desgracias.

Deténgamonos un momento ante el tenaz espectáculo de las raíces que no se rinden ■

HERMANN BELLINGHAUSEN

Arriaga, Chiapas. Foto: Hermann Bellinghausen



VOLADORES TOTONACAS

Para nuestras comunidades totonacas, el trabajo comunitario es indispensable y forma parte del conjunto de venas que las sostienen. Todo se hace en colectivo por el bien de la misma comunidad, los voladores y todas las demás danzas bailan para el pueblo y el pueblo responde con entusiasmo, por eso antes de la fiesta podemos ver a cientos de pobladores que acuden con los danzantes al corte y arrastre del palo volador.

Pero en la cabecera de Cuetzalan no pasa esto, la danza de los voladores es uno de los principales atractivos para el turismo y por donde quiera se promociona, pero no existe esta colectividad y el palo de los danzantes es transportado mediante un carro de volteo. Eso pasa cuando la danza responde más a los intereses del turismo y no a los de la propia comunidad, tal como se hace en otros pueblos de la región ■

MANUEL ESPINOSA SAINOS, poeta totonaco

Palo volador de Huehuetla, Puebla. Foto de la página Huehuetla, cuna del Totonacapan



DESPEDIDA Y ENCUENTRO CON ALFREDO OSUNA VALENZUELA

LA VERDAD NUNCA ENVEJECE

Tras meses de agonía, donde literalmente don Alfredo Osuna, representante del Consejo de Ancianos de la Tribu Yoreme de Cohuirimpo, no se quería ir, finalmente descansó y pasó a seguirnos cuidando (aconsejando y hasta regañando) desde otros planos de la realidad.

Fue él uno de los grandes promotores del Congreso Nacional Indígena, sobre todo cuando la sectorial más activa del mismo se situó en la Región Centro-Pacífico y desde ahí se reivindicó un trabajo por abajo, desde las localidades y regiones diversas que fortalecieron e hicieron pervivir el pensamiento de un movimiento indígena autonomista, anti-sistémico, anticapitalista y defensor de sus comunidades, su gobierno propio y su mirada e historia propias. Nahuas del sur de Jalisco y Michoacán, purhépechas de la Meseta, wixaritari de la vasta región Huichola, pero también guarijíos, rarámuri y hasta chichimecas-huachichiles y la banda otomí del Edomex se maravillaron de su afabilidad y del filo cortante de sus palabras precisas y a la vez polivalentes en sentidos. Don Alfredo cultivó la palabra como un abrigo, como encantamiento ceremonial para habitar varios planos simultáneos de realidad e imaginación que nos expandieran los valores de la justicia y la lealtad, el respeto y la valentía.

Fue también activo promotor de la Red en Defensa del Maíz, porque él sabía con toda cabalidad que la primera labor era producir los propios alimentos. Desde ahí, todo era posible porque ésa era “la autonomía más primera”: “la ocupación primordial de las personas”, decía, “es que todos los días haya qué comer. Tomar frijol, tomar agua, tomar maíz hasta que el creador nos diga: hasta aquí. Todo lo demás lo inventaron los externos. Las leyes las hicieron las transnacionales y luego las promovieron aquí en México, sus estructuras las procesaron y las cámaras legislativas hicieron su cochinerito”. E insistía: “tenemos que tener el discernimiento para entender quiénes establecieron las condiciones y las disposiciones, y lanzar nuestro alegato en contra del desorden que hay en este país. Los mayores nos dejaron todas éstas sus palabras para nuestra defensa propia. Y nosotros decidimos abundar las explicaciones hasta el término de la palabra, siempre en el vínculo de la amistad, para que no nos separen”.

Para él, como vehículo del pensamiento colectivo de su tribu, tenía enorme peso la palabra de los mayores transmitida de lo remoto, amasada con enseñanzas magonistas e informada por las capacidades de los profesores que andan para arriba y abajo en las comunidades. Lo importante era “el árbol del paraíso” cuyas raíces eran la libertad de cada lenguaje, de cada modo de entender el mundo, hasta lograr ese árbol pleno que era la autonomía de los pueblos.

Su trabajo fundamental lo hizo en su propia región, en Punta de la Laguna, Cohuirimpo, Sonora, donde la gente vive arrinconada por las corporaciones agroalimentarias que tienen rentadas las tierras y luego les contratan como peones mal pagados. Pero rentarles no quiere decir que les paguen, porque el malmodo corporativo y caciquil ha sido irlos cercando a que ni siquiera puedan sembrar en su traspatio; a que las pandillas de chavales enervados de droga les roben sus enseres y sus magras cosechas; a recortarle los caminos entre las parcelas y sus viviendas. “Les quieren marear con números y letras para que con el castellano conviertan al ejidatario en un desposeído”. Las corporaciones los quieren de empleados precarizados pero que ya no estén ahí para disputar nada. Es la guerra total. En ese horizonte donde las contaminaciones crecen, donde al igual que en territorio yoeme el acaparamiento del agua es avasallador, en donde



Don Alfredo Osuna Valenzuela durante una reunión del Congreso Nacional Indígena en Mesa del Tirador. Foto: Ojarasca

el crimen organizado se va apoderando de muchas de las relaciones, Alfredo Osuna pudo mantener, con un grupo de mayores, un círculo de estudios y reflexión quincenal durante años, a contrapelo de todos los ataques, las amenazas, los ofrecimientos de cohecho y, como en otros lados, la famosa bala de azúcar tan gustada por el gobierno lopezobradorista. Sólo así pudieron incidir en lo posible para defenderse y a la vez mantener su visión yoreme.

Como bien dijo Gloria Muñoz, Alfredo Osuna fue “un indispensable, un incorruptible, con un pensamiento inacabable”. Nunca quiso las mieles del poder, renegó de todo eso para dedicarse a revivir la palabra antigua y darle su potencialidad actual ante tanta zozobra, violencia e injusticias, porque fue y es un sabio pensador y activo promotor de la autonomía y la verdad de los pueblos. Alguna vez lo escuchamos hablar frente a un grupo grande de personas de la región: “dicen que soy un indio bien rebelde. Pues sí lo soy. Rebelde por no dar mi brazo a torcer, pero se les olvida que la otra rebeldía es defender lo que nos corresponde”.

Una noche, en una movilización del Congreso Nacional Indígena ante las puertas del Penal de Santiaguito, donde recluyeron a la mala a dirigentes, mujeres y hombres que enfrentaron la represión brutal en San Salvador Atenco, don Alfredo, en su papel de representante del Consejo de Ancianos de la tribu yoreme de Cohuirimpo, Sonora, le gritó a los muros de ese penal tecnificado:

Ustedes, a los que han encerrado tras estos despreciables barandales, deben saber que la verdad nunca ha conocido la prisión porque nada puede encerrarla. El cuerpo de un pensamiento que habla con la desnuda palabra, con la verdad que brilla tan fuerte como millones de estrellas, se tiende sobre el mundo como un pañuelo que el viento deja caer sobre los oídos y corazones de la gente honesta. A fin de cuentas todos estamos prisioneros. Pero su verdad los hace libres más allá de los muros que los quieren retener. En cuanto a ustedes, mujeres dignas que han sufrido la violación por anidar palabras de libertad, les digo que aquel que ante la maravillosa espiritualidad femenina no puede sino envilecerse pretendiendo envilecer la hermosa inteligencia que tiene enfrente, no merece ser considerado cristiano y tarde o temprano caerá víctima de

sus innombrables actos. Quién iba a pensar que estos pensamientos, que antes sólo se escucharon en el cuadrante de los yoreme, hoy iban a ser un grito que traspasara los barandales de esa pretendida prisión para llegar a los oídos de quienes en sus celdas sufren al vulgar gobierno que nos quiere imponer sus vicios y falsedades.

Desde niño se enseñó a montar en potros y pronto lo contrataron para jinete en las carreras de los ranchos. Después, ya de joven, fue domador de caballos, y recorriendo entre Sonora y la frontera con Estados Unidos y más allá, y en las sierras Juárez y San Pedro Mártir de Baja California, aprendió el oficio de maestro de obras y lo ejerció hasta volver a su territorio imbuido de experiencias y enseñanzas de las comunidades igualitarias que encontró por allá, para volver a pensar el mundo desde su propio lugar.

Así, repetía mucho el pasaje que sigue, escrito en mi cuaderno y que releo cada que me lo topo, porque el cuaderno, rebelde también, regresa a mí:

Cuando los yoremías necesitaban hacer una casa y cortar madera, no se ponían a dar hachazos a tontas y locas sino que se hincaban y pedían permisos. Nunca fueron absolutos. Siempre pidieron los permisos. Y entonces, sabiendo los efectos de los astros sobre la tierra, buscaban aprender cómo sincronizar sus acciones con las de ellos. También la sombra de la noche hacía su trabajo y lograban así que las semillas germinaran con el calor del sol y dieran fruto equilibrando calor y frío con el efecto de los astros y las sombras. Cuidaron mucho que la palabra de la humanidad fuera la verdad. Entonces, claro, la verdad nunca envejece, siempre se mantiene brillante ■

RAMÓN VERA-HERRERA

El pensamiento de Alfredo Osuna y el del Consejo de la Tribu de Cohuirimpo está contenido en el libro *Una espina es un bosque de advertencias* (Colectivo por la Autonomía, Ojarasca, GRAIN, Tzatzoehtzin, CSFund, Itaca). México, segunda edición, febrero de 2014.



Aves de Xochimilco. Foto: Tamara Blázquez Haik

XANTIL

Martín Barrios

Nehuatl in tetetl

iztli mictihuetzqui itech ilhuicatl
Tezcatlipoca onechtlacuic
opano mieke xihuime axcan amo niquilnamiqui

nimitontia, niconica, in huehuetl ni tlazotzona
nochi temictli ni tlachia
tetlacuitlahuia tepeme
oztome, ameyallin

nehuatl in titletl
zolopiktle
nahualli

ocelotl
ixtlakajti
tecolotlakatl

tetlchane
popoloni tlajtoani
nehuatl in xantil.

Soy piedra de fuego

obsidiana caída del cielo
esculpido por el Espejo Humeante
hace tanto que no recuerdo

danzo, bebo, toco el tambor
atisbo toda clase de sueños
resguardo la montaña
manantiales, cuevas y veneros

Soy piedra de fuego
nahual
embustero

ocelote
hombre tecolote
ixtlacatero

Piedra viviente
parlante, chasqueante
soy el xantil.

página
final

MARTÍN BARRIOS HERNÁNDEZ, poeta bilingüe náhuatl-castellano y activista de Tehuacán, Puebla. Colaborador frecuente de *Ojarasca*.